Croce, Giulio Cesare, 1550-1609

Historia de la vida hechos

Madrid

[1894?]

BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION
Master Negative Storage Number: OCI00041.13

Control Number: ADT-0641
OCLC Number : 29659931
Call Number : W 381.568 H629 v.1 HISVI
Author : Croce, Giulio Cesare, 1550-1609.
Title : Historia de la vida hechos y astucias sutilisimas del rustico Bertoldo, la de Bertoldino su hijo y la de Cacaseno su nieto : obra de gran diversion y suma moralidad.
Imprint : Madrid : [Hernando, 1894?]
Format : 32 p. : ill. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Title vignette.
Subject : Chapbooks, Spanish.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9/27/94
Camera Operator: AR

(CUATRO PLIEGOS.)



HISTORIA

DE LA VIDA

HECHOS Y ASTUCIAS SUTILISIMAS

DEL RÚSTICO BERTOLDO

LA DE BERTOLDINO SU HIJO

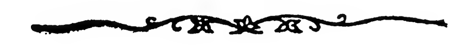
Y LA DE CACASENO SU NIETO.

Obra de gran diversion y suma moralidad.

MADRID.

Despacho, calle de Juanelo, núm. 19.

HISTORIA
DE LA VIDA, HECHOS Y ASTUCIAS SUTILÍSIMAS
DE
EL RÚSTICO BERTOLDO.



TRATADO PRIMERO.

En el tiempo que Albuino, rey de los longobardos, era casi dueño de toda la Italia, teniendo su solio real en la hermosa ciudad de Verona, llegó un dia á palacio un paisano, el cual tenia por nombre Bertoldo; era hombre disforme y de feo aspecto, pero donde faltaba la perfeccion de su persona, suplia la sutileza y vivacidad de su ingenio, pues era muy agudo y pronto en responder á cualquier asunto. Además de lo dicho, era tambien sumamente malicioso y de natural melancólico. Su estatura y fisonomía se explican tales como eran.

De cuerpo era sumamente pequeño, la cabeza muy gorda y redonda á modo de bola; la frente muy arrugada; los ojos brotando fuego de colorados; las cejas largas y cerdudas; las orejas eran borricales; la boca grande, torcida y con el labio de abajo colgando; la barba tan larga que le caia al pecho; las narices muy agudas y arremangadas hácia arriba; los dientes le salian de la boca á modo de colmillos de javalí, tenia las piernas cabrunas, y los piés muy largos, el cuerpo sumamente velludo; de modo que de este hombre se puede decir que era todo al revés de Narciso.

AUDACIA DE BERTOLDO.

Despues que nuestro Bertoldo llegó á palacio, se introdujo en las primeras antecámaras, y prosiguiendo adelante se internó en donde estaban todos los grandes y ministros: pasó por medio de todos hasta ver al rey, y sin quitarse el sombrero, ni hacer la menor cortesía, se fué á sentar junto á la real persona, quien como benigno y piadoso, se imaginó que aquel hombre seria de ingenio bufon y gracioso. El rey, sin dar muestra de enfado ni alteracion alguna, le hizo las preguntas siguientes: *Rey.* ¿Quién eres tú? ¿Cuándo naciste? ¿Y de qué tierra eres?—*Bert.* Yo soy un hombre: nací cuando me parió mi madre; y mi tierra es este mundo.—*Rey.* ¿Quién son tus ascendientes y descendientes?—*Bert.* Las judías en la olla; porque cuando cuecen suben y bajan y comiéndolas yo, vienen á parar á mí.—*Rey.* ¿Tienes padre y madre, hermanos y hermanas?—*Bert.* Sí, los tengo, pero todos han muerto.—*Rey.* Pues ¿cómo los tienes si dices que se han muerto?—*Bert.* Porque cuando salí de mi casa los dejé á todos durmiendo, y por eso digo que todos han muerto; pues uno que duerme está lo mismo que si lo fuera; y para mí el sueño es hermano carnal de la muerte.—*Rey.* ¿Dime, ¿cuál es la cosa más veloz del mundo?—*Bert.* El pensamiento.—*Rey.* ¿Cuál es el mejor vino que hay?—*Bert.* El que se bebe en casa age-

na.—*Rey*. ¿Cuál es el mar que nunca se llena?—*Bert*. La codicia en el avariento.—*Rey*. ¿Cuál es la cosa más fea que se puede hallar en un mercader? —*Bert*. La mentira.—*Rey*. ¿Cómo me traerías tú aquí una criba de agua sin verterla?—*Bert*. Esperaria que se helase, y congelada la traeria sin verterse.—*Rey*. ¿Qué cosas son las que el hombre busca y no quisiera hallar?—*Bert*. Los animales inmundos que se encuentran en la camisa.—*Rey*. ¿Cómo cojerías una liebre sin perro?—*Bert*. Esperaría que estuviese cocida y entonces la cojería.—*Rey*. Tú tienes buenos sesos, si se vieran.—*Bert*. Y tú mejor humor si no comieras.—*Rey*. Ea, pídeme cuanto quieras, que yo estoy pronto á dártelo.—*Bertoldo*. Quien no tiene nada suyo, mal puede dar á otros.—*Rey*. Pues ¿por qué no te puedo dar lo que tú pidas?—*Bertoldo*. Porque yo ando buscando la felicidad, y tú no la tienes; y así no me la puedes dar.—*Rey*. Para saber si soy feliz, ¿no te basta verme sentado en el trono?—*Bert*. Aquel que más alto se sienta, está más expuesto á precipitarse.—*Rey*. Mira cuántos nobles señores que están aquí para obedecer mis órdenes.—*Bert*. Tambien las hormigas y hormigones andan alrededor del árbol, y le roen la corteza.—*Rey*. Concluyamos: ¿quieres quedarte en la córte?—*Bert*. Aquel que se halla en libertad, no debe buscar la esclavitud. —*Rey*. ¿Quién te movió á venir aquí? —*Bert*. El creer yo que un rey fuese más grande que los demás hombres, con diferencia de diez á doce piés de más alto que ellos; pero ahora veo que eres un hombre como los demás, sin otra diferencia que el ser rey.—*Rey*. Tú eres un rústico muy malicioso.—*Bert*. Mi naturaleza lo permite así.—*Rey*. Yo te mando que al instante te quites de mi presencia.—*Bert*. Yo me iré; pero advierte que las moscas son de calidad porfiada, que siempre vuelven, y si tú me echas tengo de volver de nuevo á importunarte.—*Rey*. Pues vete; y si no vienes delante de mí como dices hacen las moscas, he de mandar cortarte la cabeza.



ASTUCIAS DE BERTOLDO.

Partióse á su casa y montó en un borrico viejo que tenia, todo lleno de mataduras, y se volvió á palacio acompañado de millares de moscas y tábanos, al olor de semejante carniza, que todos juntos formaban un nublado; y llegando á la presencia del rey, así le le dijo: *Bert*. Ya me tienes aquí, rey mio.—*Rey*. ¿No te dije yo que si no volvías delante de mí como las moscas, que te haria dividir la cabeza del cuerpo?—*Bert*. Las moscas, ¿no van sobre las mataduras? Pues ya me ves sobre esta gangrena llena de moscas, que es lo que yo te he prometido. —*Rey*. Ea, quita de ahí esa peste, y tú retírate de mi presencia, porque veo venir dos mujeres, que es probable vengan á que las dé audiencia, y despues que las haya despachado podrás volver aquí.

Llegaron las mujeres delante del rey; una de ellas habia hurtado un espejo á la otra: la dueña del espejo se llamaba Aurelia y la otra Lisa: esta tenia el espejo en la mano, y Aurelia querellándose al rey, le dice. *Aur*. Señor, has de saber que esta mujer entró en mi cuarto, y me hurtó aquel espejo que tiene en la mano; yo se lo he pedido varias veces, y ella se niega

á devolverlo, y así vengo á tu presencia porque, como rey justo, hagas justicia.—*Lisa*. Señor, es incierto cuanto dice, que yo lo compré con mi regaladísimo dinero, y no sé cómo tiene atrevimiento para pedir lo que no es suyo.—*Aur*. Justísimo señor, no des crédito á las falsas razones de esta mujer, porque es una ladrona pública; y sepa V. M. que si no fuera cierto lo que digo no me hubiera movido todo el oro del mundo á pedir lo que no es mio.—*Lisa*. ¡Ay qué conciencia de beata! ¡Qué bien sabe fingir para que juzguen que tiene razon! pero estamos delante de un juez que conocerá mi buena fé y tu falsedad. —*Aur*. ¡Ah infame! ¿Cómo te atreves á negar con tanta desvergüenza? ¡Ay, Dios mio, descubre tú la verdad del caso.—*Rey*. Vamos despacio: aquiétense que ahora quedarán contentas. Toma el espejo, dijo el rey á uno de los presentes, rompedle en pedazos menudos y repartidle en partes iguales para que ambas queden satisfechas. —*Lisa*. Yo consiento en que se rompa el espejo, con tal que acabe nuestro pleito.—*Aur*. Yo no, señor, antes consentiré que se lo lleve todo entero, que verle hacer pedazos; así tendré la esperanza de que algun dia la remuerda la conciencia y me lo restituya.—*Rey*. Verdaderamente conozco que el espejo es de esta que no quiere que se rompa: dársele á ella; y á esta otra échenla de aquí ignominiosamente.

Aurelia dió infinitas gracias al rey por este favor, y se retiró á su casa.

Bertoldo, que habia estado escuchando, salió riéndose de la sentencia del rey, y le dice: *Bert*. Rey mio, tú no tienes conocimiento.—*Rey*. ¿Por qué no lo tengo?—*Bert*. Porque te crees de lágrimas de mujeres. ¿No sabes que su llanto es engañoso, y todo lo que ellas hacen y dicen es hecho con artificio?—*Rey*. Tanta bondad tienen en sí las mujeres de juicio y prudencia, que es todo muy al revés de cuanto tú las atribuyes: y si alguna peca, es por descuido ó fragilidad femenil. La mujer ama al marido, gobierna los hijos, los cria y educa, cuida la hacienda: la mujer, en fin, es apreciable á la vista de los mozos, consuelo de los viejos, la alegría de los niños; y no porque alguna caiga en alguna falta se debe culpar á todas; y así, la sentencia que yo he dado la tengo por muy justa.—*Bert*. Bien se conoce que amas mucho á las mujeres, pues que tanto las elogias; no obstante, ¿qué me darás si de aquí á mañana te hago desdecir de cuanto has dicho en su favor?—*Rey*. Cuando yo me desdiga de lo dicho te tendré por el hombre más sagaz del mundo; y te advierto que si no lo cumples, te he de mandar ahorcar al punto.—*Bert*. Ea, pues, hasta mañana á la noche que nos veremos.

Despues de anochecido se fué Bertoldo á recoger á la caballeriza, discurriendo entre sí el modo para hacer al rey que se desdijese de las alabanzas que habia hecho en favor de las mujeres; y habiéndosele ocurrido una buena astucia, se acostó esperando ponerla por obra á la mañana siguiente.

Así que amaneció se levantó Bertoldo, y fué á buscar aquella mujer á quien el rey habia dado la sentencia en su favor, y así la dijo: *Bert*. ¿No sabes tú que el rey ha determinado que se rompa el espejo, como lo sentenció y se os dé la mitad á cada una de vosotras? Pues la otra apeló la sentencia que el rey dió á tu favor; y por no oir más quejas, quiere que se divida y se satisfaga á entrambas.—*Aur*. ¿Cómo que el rey quiere que se rompa mi espejo? ¡Ay de mí! ¿qué es lo que oigo? ¡Oh, qué acciones tan nobles para un rey! ¡Oh pobre justicia, qué bien administrada estás!—*Bert*. No quisiera te sucediese aún algo peor que esto.—*Aur*. ¿Pues qué peor me puede suceder á mí?—*Bertoldo*. Que el rey ha promulgado una ley en que manda que cada hombre pueda casarse con siete mujeres; con que mira tú si esto es peor, por los

trastornos que resultarán en las casas. —*Aur.* ¿Qué dices, hombre? Eso sí que es mucho peor que lo del espejo; pero, ¿qué diablos de locura se le ha metido en la cabeza al rey?—*Bertoldo.* Eso es lo que puedo decirte sobre el asunto: ahora es tiempo de que os defendais antes que el mal pase adelante.

Despidióse Bertoldo, dejando á Aurelia alborotada con la invencion de este enredo; precipitadamente se fué á buscar sus amigas y vecinas, contándolas por extenso cuanto habia dicho Bertoldo. Ellas que oyeron tan extraña novedad, se enfadaron de tal suerte, que como perras rabiosas echaban fuego por la boca: se divulgó en breve la noticia, de modo que se juntaron millares de mujeres que todas hablaban á un tiempo sobre el caso, hasta que resolvieron todas juntas ver al rey y confundirle á fuerza de gritos y bataola de voces para obligarle á que revocase aquella ley. En efecto, llenas de rabia y despecho se fueron á palacio amotinadas; se introdujeron hasta el cuarto de la real persona, empezando á meter tan gran ruido y gritería, que parecia un infierno, de tal modo que el rey nunca pudo entender palabra de semejante alboroto; pero faltándole la paciencia, y lleno de cólera y con severidad de rostro, en alta voz así las dijo: *Rey.* ¿Qué novedad es esta? ¿Qué motivo habeis tenido para una sublevacion como esta? ¿A qué fin son estas exclamaciones? Decid luego cuál es el motivo de este alboroto.—*Mugeres.* Venimos, dijeron todas juntas, á saber de qué ha dimanado lo que contra nosotras has publicado. Salió una de las mas descaradas, y en voz muy alta dijo: ¿qué frenesí te ha dado contra toda ley divina y humana, mandando que á cada hombre le sea permitido casarse con siete mujeres? ¡Ah, qué escandalo! mas yo te aseguro que no saldrás con tu temeridad.—*Rey.* Locas; ¿qué es lo que decís? Hablad claro, que os entienda y os pueda responder al asunto.—*Mug.* Señor, dijo una en nombre de todas: te digo mereces que te echen del trono ignominiosamente, pues bien te lo mereces por la ley que has dictado.—*Rey.* ¿Qué injurias os he hecho yo? Hablad claro: no os he entendido bien; esplicaos de una vez y no me tengais suspenso.—*Mug.* No hay peor sordo que aquel que no quiere oir: volvemos á decir, que tú no puedes imponernos una ley tan atroz, ¿lo has entendido ahora? y si eso intentas, has de permitir tambien que cada mujer tenga siete maridos. Resuélvete, que á eso venimos empeñadas.—*Rey.* ¡Ah, sexo ingrato y descortés! ¿Quién os ha seducido de este modo? ¡Apartaos de mi presencia! Idos muy en hora mala, rebeldes, importunas; pues ahora conozco que quien dice mujer, dice engaño; ellas son ruina de los padres, tormento de las madres, desgracia de los hermanos y destruccion de las casas. Quitaos delante de mí, espíritus infernales. ¡Oh, qué abrumado me han puesto! Pero si llego á saber el inventor de este chasco, le he de hacer castigar segun su merecido. Ya se fueron estas insolentes.

Despues que se hubieron marchado las mujeres se templó el Rey: Bertoldo que había estado escuchando toda la bulla desde un escondite, se puso delante del rey y le dice: *Bertoldo.* ¿Qué dices á esto, rey mio? ¿No te dije que bien pronto habias de leer el libro al revés de como ayer le leiste? Discurro que quedarás desengañado, y te acordarás del convenio que tenemos hecho.—*Rey.* Digo que te has salido con la tuya; y pues has ganado, en pago quiero que te sientes conmigo en mi real trono. *Bert.* No pueden cuatro nalgas caber en un trono solo.—*Rey* ¡No importa, que yo mandaré hacer otro junto al mio, te sentarás en él, y darás audiencia conmigo.—*Bert.* El enamorado y la dama no desean compañía, y así gobierna tú solo.—*Rey.* Yo creo que habrás sido tú el autor de este enredo:

¿es verdad?.—*Bert*. Tú lo has adivinado, y no me puedes castigar en virtud de la palabra que me diste.—*Rey*. Quedas perdonado; y digo que eres tú mas inventor de enredos que el mismo Merlin. Ahora conozco que las infelices mujeres han tenido mil razones de mostrarse contra mí tan iracundas; y tú, pues, me has dado ocasion de decir mal de ellas (lo que siento mucho) desde ahora me desdigo y arrepiento, y de nuevo vuelvo á decir que el hombre sin la mujer es como la viña sin poda, jardin sin fuente, rio sin barca, prado sin yerba, monte sin leña, espiga sin grano, árbol sin fruto, palacio sin balcones, torre sin escalera, rosa sin olor, pino sin sombra, diamante sin brillo, en fin.... —*Bert*. Un borrico sin cabeza.—*Rey*. Gran bestia eres.—*Bert*. Tú me has conocido el primero; bien veo que proteges mucho á las mujeres; y así no quiero hablar más de ellas.

En el mismo tiempo que el rey y Bertoldo estaban hablando, llegó un criado de parte de la reina, diciendo: que deseaba S. M. ver á Bertoldo, y así le suplicaba le enviase á sù cuarto, porque sabía le gustaba chasquear á las mujeres: la reina tenía intencion de hacerle dar una buena tunda de palos. El rey se volvió á Bertoldo, y le dijo:—*Rey*. Bertoldo, la reina dice que te quiere ver; y así vete con este mensajero, que estará impaciente.—*Bert*. Los mensajes tanto suelen tener de bueno como de malo.—*Rey*. El que está inocente pasa seguro entre las bombas.—*Bert*. La mujer airada, el pábilo encendido y la sarten agujereada, son tres cosas de gran perjuicio en una casa.—*Rey*. El hombre melancólico, á menudo se acuerda de aquello mismo que teme.—*Bert*. Muchas veces el cangrejo salta de la sarten por libertarse de ella, y cae en las áscuas.—*Rey*. No temas, que nadie te ultrajará.—*Bert*. Al confortador no le duele la cabeza.—*Rey*. Yo creo que temes que la reina te dé alguna pesadumbre.—*Bert*. Mujer iracunda, mar con espuma.—*Rey*. Pues mira, no dudes que serás bien recibido.

Presentaron á Bertoldo delante de la reina, la cual estaba noticiosa de la burla que había hecho á las mujeres; el dia anterior había hecho aprestar algunos garrotes, y ordenó á las criadas lo encerrasen en un cuarto y le sacudiesen bien el polvo; pero cuando le vieron de tan monstruosa figura se retiraron, y la reina dijo:—*Reina*. ¡Jesús qué figura de mico!—*Bert*. Díjole la zorra al lobo ¿qué haces, bobo?—*Reina*. ¿Cómo te llamas?—*Bert*. Yo no llamo á nadie, y cuando me llaman respondo.—*Reina*. ¿Cómo te apelas?—*Bert*. Yo no me acuerdo que jamás me hayan pelado.

Mientras que la reina hacía preguntas á Bertoldo, una de las criadas venía por detrás con un jarro de agua para mojarle; pero advirtiólo él, y para libertarse del chaparron, inventó una nueva industria, prosiguiendo su conversacion con la reina sin darse por entendido.—*Reina*. Dime: ¿quién te ha enseñado tantas astucias?—*Bert*. Digo que yo conozco y adivino cuanto hay y puede haber: si acaso alguna mujer ha cometido algun delito ó algun género de flaqueza, daré noticia de todo; y si alguna me quiere mojar á traicion, no me detendré en decir todo cuanto de ella sé.

La criada que oyó semejantes razones volvióse con disimulo por donde habia venido, por que tuvo miedo que Bertoldo no la descubriese algun pecadillo; pero como la reina estaba quemándose de cólera contra él, ordenó á todas sus criadas lo apaleasen á su satisfaccion. Viéndose Bertoldo en tan gran peligro, recurrió á sus acostumbradas astucias diciendo:—*Bertoldo*. Cualquiera de vosotras que haya sido la que ha dispuesto envenenar la comida del rey, consiento que me rompa los huesos.

Empezaron á mirarse unas á otras diciendo: yo no he pensado en semejante cosa; y así todas fueron dejando

los palos, y Bertoldo quedó ileso de la batalla de aquellas leonas.

Insistiendo la reina en que se le apalease, envió un recado á los guardias para que cuando saliese de palacio descargasen sobre Bertoldo sin conmiseracion. Salió, pues, acompañado de cuatro criados, y para escaparse del chubasco, suplicó á la reina que mandase á los criados dijesen á los guardias que descargasen los palos con la condicion de no tocar á la cabeza, y á lo demás cuanto quisieren. Así lo hizo la reina sin comprender el énfasis: los criados iban detrás de Bertoldo, y llegando á los guardias que ya estaban formados, empezaron á decir los criados que no tocasen la cabeza, y que á lo demás apretasen fuertemente.

Viendo los guardias que Bertoldo venía delante de los demás, pensaron que él era la cabeza de ellos; dejáronle pasar y al llegar los criados fué tal el apaleo que recibieron que los dejaron estropeados, en cuyo estado volvieron á la reina, la cual viendo que Bertoldo por su astucia se había quedado libre, se encolerizó jurando que había de vengar tal infamia.

Al dia siguiente se llenó la antecámara del rey de grandes señores y caballeros; y no faltando Bertoldo en hacerse presente, vióle el rey, y le llamó diciéndole:—*Rey*. Y bien: ¿cómo te ha ido con la reina? ¿Estaba el mar alborotado?—*Bert*. Quien sabe navegar bien, cualquier golfo pasa seguro. *Rey*. ¿El cielo amenazaba tempestad? —*Bert*. Sí que amenazaba, pero descargó sobre otro.

Hallábase presente un palaciego, el cual solo servia de bufon; su nombre era Fagoto, era sumamente pequeño y de extraña figura. Llegóse al rey, y le dijo: Señor, te pido la gracia de permitirme examinar á este salvaje, y enseñarle el modo que debe observar en estos lugares respetuosos. Respondióle el rey, que era gustoso en ello; volvióse Fagoto á Bertoldo y le dijo: *Fag*. ¿Qué dices tú, pollo caido del nido?—*Bert*. ¿Y con quién hablas tú, grajo pelado?—*Fag*. Dime: ¿por qué causa la gallina negra pone el huevo blanco?—*Bert*. ¿Y por qué motivo el látigo del rey te pone las nalgas rojas?—*Fag*. ¿Cuánto há que no has comido nabos?—*Bert*. Lo que á tí no te han echado raeduras.—*Fag*. ¿Eres tú búfalo ú oveja?—*Bert*. No metas en danza tus parientes.—*Fag*. Cuándo dejarás de usar de tus astucias?—*Bert*. Cuando tú dejares de lamer los platos.—*Fag*. Mira que tus zapatos están con la boca abierta.—*Bert*. Se rien de tí porque eres una bestia.

Despues de haber hablado un largo rato, y teniendo Bertoldo la boca llena de saliva preguntó al rey: ¿A dónde quieres que escupa? Escupe, le dice, en la plaza. Entonces se volvió Bertoldo á Fagoto (que era calvo) y le encajó la saliva en medio de la cabeza, diciendo que aquello lo tenía por plaza de piojos. Fagoto quedó muy afrentado, y los señores de la córte soltando la risa dieron la razon á Bertoldo.

Siendo ya de noche, dijo el rey á Bertoldo que se retirase; pero le advirtió que al dia siguiente había de venir ni bien vestido, ni bien desnudo.

A la mañana siguiente se presentó Bertoldo delante del rey sin más ropa que envuelto en una red de pescar, y habiéndole reprendido porque se presentaba en forma tan indecente, contestó que aquel era el modo que se le mandó, pues ni venía vestido ni desnudo. Quedó el rey satisfecho y siguió diciendo:—*Rey*. Dime ¿dónde has estado hasta ahora?—*Bert*. Donde he estado no podia estar ninguno más que yo.—*Rey*. ¿Y qué hacen tu padre, madre, hermano y hermana?—*Bertoldo*. Mi padre es deshacedor de un daño, mi madre hace á una vecina lo que no hará más, mi hermano cuantos halla tantos mata, y mi hermana está llorando lo que ha reido antes.—*Rey*. Descíframe estos enigmas, que no los entiendo.—*Bert*. Has de saber que mi

padre está en el campo cerrando una senda con espinos para que no pasen los caminantes. Mi madre cierra los ojos á una vecina que acaba de morir. Mi hermano está al sol matando los piojos de su camisa. Mi hermana ha pasado el año riendo, y ahora está con los dolores del parto.—*Rey*. ¿Cuál es el dia mas largo que hay?—*Bert*. Aquel que uno se queda sin comer.—*Rey*. ¿Cuál es la yerba que hasta el ciego la conoce?—*Bert*. La ortiga.—*Rey*. ¿Cuál es la cosa más atrevida que hay?—*Bert*. El viento que entra por debajo del vestido de las mujeres.—*Rey*. ¿Y cuál es la cosa más clara que hay?—*Bert*. El dia.—*Rey*. Más que la leche?—*Bert*. Más aún.—*Rey*. Si no me haces ver esto que dices te mandaré castigar.—*Bert*. ¡Oh y qué felicidad es la de la córte!

Buscó Bertoldo un cubo de leche, y sin que nadie le viera le llevó al cuarto del rey cerrando las puertas y balcones: entró el rey en el cuarto, y como no veia, tropezó con el cubo faltando poco para que cayera. Acudieron al ruido, abrieron los balcones, y vieron el cuarto lleno de leche. El rey se mostró enfadado, pero conociendo que aquello había sido un ardid de Bertoldo, le dijo: eres un astuto villano, y á cada cosa hallas fácil salida.

Llegó á este tiempo de parte de la reina un mensajero á la presencia del rey y haciéndole su acatamiento, le presentó un papel que contenía lo siguiente:

«Señora: Hacemos presente á V. M. »(para que interceda con el rey) las »justas razones de todas las nobles de »esta ciudad, suplicando rendidamen»te nos conceda el poder asistir en »los consejos, gobernar y senten»ciar, como es permitido á los hom»bres; para esto alegamos que ha ha»bido ejemplares de mujeres que han »mandado imperios y reinos habiendo »tambien salido á campaña como los »más esforzados campeones, así que, »esperan no será despreciada su sú»plica, aceptando la instancia y ha»cerlas partícipes de todo. Esperamos »que V. M., como mujer, recomen»dará con toda eficacia esta gracia.»

Despues que el rey se hubo hecho cargo de la pretension tan desatinada, se volvió á Bertoldo, y le reveló todo el contenido del papel, el cual no pudo reprimir la risa. Entonces el rey le dijo: ya sé que para todo hallas buena salida, y pues estás colmado de inventivas y astucias, quiero que te encargues de resolver este negocio.

En efecto, se fué Bertoldo á la plaza, compró un pajarillo, y le metió en una cajita. La que llevó al rey diciéndole que entregase aquella cajita de parte de la reina á las pretendientes, con el precepto de que á la mañana siguiente tenian que traerla á palacio en la misma forma que se les entregaba, y se les concedería la gracia que pretendian. Recibieron las mujeres aquella cajita muy gozosas y consoladas por ver que iban á quedar satisfechos sus deseos.

Luego que se vieron lejos de la presencia de S. M. las dominó tal curiosidad de saber lo que aquella cajita encerraba, que empezaron las más curiosas á decir: veamos lo que hay aquí dentro: y aunque algunas se opusieron á ello por lo que les pudiera suceder, al fin, despues de muchos debates, se resolvieron á abrirla; y apenas quitaron la tapa, voló el pajarillo con tanta velocidad, que no pudieron ver de qué clase era; con lo que quedaron confusas y apesadumbradas.

Habiendo sabido la reina el caso, lo sintió mucho; pero con todo, se animó, y con la comitiva de mujeres, se presentó al rey; entraron con la cabeza baja y llenas de confusion. La reina saludó al rey, diciéndole en seguida, como la casualidad habia permitido que una de aquellas matronas, más curiosa que las otras, tuvo impulsos de ver lo que encerraba la caja que les habia encomendado, habiéndose escapado el pajarillo sin poderlo

remediar, por lo que las demás condolidas le suplicaban las perdonase.

El rey, fingiéndose enojado, se volvió á ellas con rostro airado, y las dice: ¿Sois vosotras las que habeis dejado escapar el pajarillo? ¡Ah, mujeres locas! ¿Y con tan poco juicio teneis alientos para pretender entrar en los consejos de mi córte? ¿Cómo podríais guardar un secreto de entidad que importara á mi reino? Volved á vuestras casas, y ejercitar vuestros oficios mujeriles, y dejad el gobierno á los hombres.

Se fueron las pobres mujeres tan desconsoladas y llenas de vergüenza, que nunca volvieron á tocar tal especie. Entonces el sutilísimo Bertoldo volvió á salir con grande risa, y viéndole el rey le dijo: *Rey*. Esto ha sido una bellísima invencion, y nos ha salido bien.—*Bert*. Bien va la cabra coja, como el lobo no la coja.—*Rey*. ¿Pues por qué dices eso?—*Bert*. Porque mujer y fuego hallan lugar luego.—*Rey*. Quien se sienta en la ortiga alguna vez le pica la hormiga.—*Bert*. Quien al aire escupe en la cara le cae.—*Rey*. Quien orina en la nieve luego la deshace.—*Bert*. Quien lava la cabeza al asno pierde jabon y tiempo.—*Rey*. ¿Lo dices por mí eso?—*Bert*. Por tí hablo; pues me das contínuamente á entender que alguna vez tengo de caer en la trampa.—*Rey*. Yo no soy tan ingrato que no conozca tus méritos para recompensarlos; pero tú lo interpretas al revés.—*Bert*. Quien mal piensa casi siempre acierta.—*Rey*. Lo que te quiero decir es que no tienes cortesía, y cuando vienes á mi presencia nunca te quitas el sombrero ni bajas la cabeza.—*Bert*. El hombre nunca debe bajarla por otro hombre.—*Rey*. Segun sea la clase de hombres; y por fin, á mí me has de hacer una reverencia.—*Bert*. No la haré, y así paciencia.—*Rey*. ¿Pues por qué no?—*Bert*. Porque he comido asadores, y no quiero que al tiempo de bajarme se rompan las tripas.—*Rey*. ¡Ah, villano! aunque revientes me has de hacer una cortesía, mañana lo veremos; ahora te puedes retirar.

Se despidió Bertoldo, y aquella noche hizo el rey bajar la puerta de su gabinete de manera que no se pudiese entrar sin tener que bajar con precision la cabeza, solo con el fin de que cuando entrase Bertoldo tuviese que bajarla, cumpliéndose así el deseo del rey de que hiciese reverencia.

Volvió á la mañana siguiente el astuto Bertoldo, y reparó en la puerta; conoció la idea del rey para hacerle bajar la cabeza al tiempo de entrar, pero el gran socarron, en lugar de entrar de enfrente, se volvió de espaldas, y le honró con el fiador.

El rey se admiró de su gran sutileza; no obstante, se fingió algo enfadado contra él y le dijo: idiota, rústico y descortés, ¿cómo entras en mi cuarto de esa manera? A lo que contestó Bertoldo diciendo, que el cangrejo se lo habia enseñado.

En seguida se puso á referir una fábula de las aventuras de un cangrejo, que por la precaucion que tenia de andar hácia atrás, pudo escaparse con vida de lances muy peligrosos, por lo cual dejó ordenado en su testamento que todos sus descendientes caminasen de aquel modo, y que acordándose de la fabulilla, tuvo por conveniente imitar á los cangrejos.

El rey dijo que quedaba satisfecho, añadiendo: ahora vete á tu casa; pero quiero que mañana vengas delante de mí en tal forma, que te vea y no te vea.

Al siguiente dia tomó Bertoldo un harnero, y poniéndoselo por delante del rostro, volvió á la presencia del rey, y viéndole éste parecer en tan extraña figura, empezó á reir y le preguntó qué significaba aquel harnero que le tapaba el rostro. A lo que contestó Bertoldo, diciendo: ¿no me mandaste que viniese delante de tí de modo que me vieses y no me vieses? pues ya me ves y no me ves por los agujeros de este harnero. Es cierto,

dijo el rey, que no he visto entendimiento más perspicaz que el tuyo; y así desde hoy pídeme cuanto quieras, y te doy permiso para que te sirvas de mi córte en tus necesidades.

Con la oferta que el rey le hizo se retiró Bertoldo á un rincon; se bajó las bragas y fingió querer hacer alguna necesidad; el rey que lo notó, mandó á uno de sus guardias que con un palo fuese á su sacudirle, lo cual, visto por Bertoldo, volvióse al guardia y le dice: hermano, no te hagas tan celoso; advierte que tambien las moscas que vuelan sobre las cabezas de los tiñosos se ponen sobre la real mesa, y se ensucian en el plato del rey, y no obstante come la sopa sin escrúpulo; además que S. M. me manda que en las necesidades me sirva de su córte, ¿y qué mayor necesidad puede sucederme que la presente?

Estando en eso recibió el rey una carta de la reina en que le suplicaba le enviase á Bertoldo, pues queria divertirse con sus gracias, aunque su intencion era vengarse de él por la afrenta que habia ocasionado á las matronas.

El rey le mandó que se marchase y no se hiciese esperar de la reina; y Bertoldo, aunque con alguna repugnancia, se dirigió por fin allá.

Al encaminarse hácia el cuarto de la reina, oyó por casualidad como habia dado órden á los que cuidaban de los perros, que cuando le viesen entrar los soltaran para que por este medio quedase bien castigado por ellos. (¡Ciertamente era una crueldad!) Inmediatamente se fué á la plaza, compró una liebre viva y la llevaba oculta debajo de la capa; al llegar á la antecámara de la reina le soltaron los perros.

Viéndose en tan gran peligro, dejó escapar la liebre, la que apenas vieron los perros, la siguieron con tanta precipitacion, que dejando libre á Bertoldo, y sin detenerse entró y se presentó delante de la reina, la cual viéndole, se quedó admirada, pues le creia hecho pedazos; y así con gran cólera le dijo: *Reina.* ¿Tú estás aquí, embus-



tero? ¡Pues cómo te has escapado de los dientes de mis perros?—*Bert.* La Providencia ha previsto el caso.—*Reina.* Yo te aseguro que esta vez no te escaparás aunque intentes las más sutiles malicias de que te vales. A fé mia que ahora no te alabarás de que hayas hecho burla.—*Bert.* Solo te pido, ya que estás empeñada en castigarme, sea cuanto antes para salir del susto de una vez.

La reina muy enfadada le hizo prender y atar de piés y manos. Despues mandó le llevasen á un cuarto retirado, y para mayor seguridad le hizo meter dentro de un saco tambien atado, para que no pudiese sacar la cabeza; púsole un alguacil por centinela hasta la mañana siguiente que tenia intencion de arrojarle á un rio.

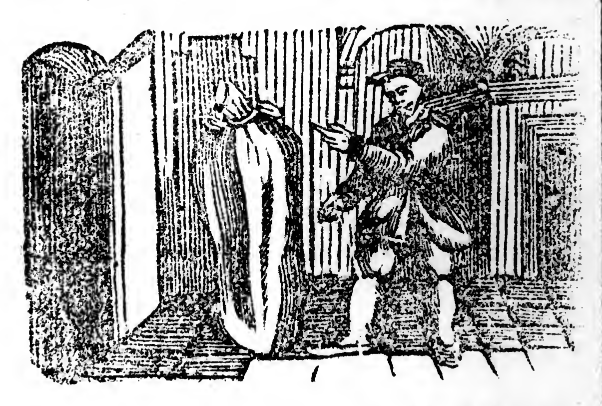
Quedó, pues, Bertoldo en el saco, y nunca creyó más seguro su fin que en esta ocasion; pero en medio de tanto susto pensó una nueva astucia para librarse del saco, fingiendo que hablaba consigo mismo. Empezó á suspirar, diciendo: «Oh maldita fortuna! ¡Oh riquezas, en qué estado me habeis puesto! ¡Mejor hubiera sido para mí, y más felicidad tendria si mi padre me hubiera dejado pobre mendigo! No otra cosa, sino la avaricia, les hace emparentar conmigo; pero nunca consentiré casarme con ella, pues siendo yo un hombre contrahecho, tengo por seguro que la novia no me seria fiel,

La reina insiste en que me case con ella y asi no sé cómo escapar de tal violencia.

El alguacil oyendo las palabras de Bertoldo, movido de curiosidad le preguntó por qué motivo le habian metido en el saco. A lo que contestó Bertoldo: ¡Ay hermano! poco consuelo me puedes dar: déjame quejar de mi desgracia y cumple con tu oficio.—*Alguacil*. Advierte que aunque alguacil soy humano, y si no puedo ayudarte te daré algun consuelo, así dime: ¿Te quieren dar azotes?—*Bert.* Peor.—*Alg.* ¿Tormento?—*Bert.* Mucho peor.—*Alg.* ¿Ahorcarte?—*Bert.* Todavía peor.—*Alg.* ¿Quieren quemarte?—*Bert.* Mil veces peor.—*Alg.* ¿Pues qué te pueden hacer que sea peor?—*Bertoldo*. Me quieren casar.—*Alg.* Hombre ó diablo, ¿pues cómo es eso? explícate para que pueda entenderte.—*Bert.* Amigo, no digo que el casarse sea peor que todo lo que se ha dicho: lo peor es el modo, y si nadie nos oyera, y tú no me fueras traidor, te lo explicaria todo.—*Alg.* Habla con seguridad, que te guardaré el secreto.—*Bert.* Has de saber que yo me hallo con abundancia de bienes de fortuna, pero la naturaleza me ha favorecido tan poco, pues tuve la desgracia de nacer sumamente disforme y monstruoso de cuerpo, que no se hallaria segundo en el mundo. Un caballero apoderado de mis haciendas, tiene una hija muy bonita, y llevado del interés, ha determinado, aunque soy feo como digo, que me case con su hija. Mucho se me ha rogado é instado sobre este asunto: considerando yo que estas diligencias no se practican por el amor que me tenga la novia, y sí solo por el interés de mis riquezas, no he dado oidos á pretension semejante; y antes quisiera verme ahorcado que casado con ella.—*Alg.* ¿Luego tú eres muy rico? ¿Y cuánto tendrás de renta?—*Bert.* Tendré un año con otro como seis mil escudos, limpios de paja y polvo, y el padre de la novia tiene más de tres mil... pero supuesto quieres saberlo todo, voy á referírtelo; mas te aseguro que no puedo hablar sin mucho trabajo dentro de este saco, si no le desatas la boca que pueda yo sacar la cabeza fuera.—*Alg.* Con mucho gusto lo haré. Ea, habla ahora á tu gusto: ¡pero qué cara tan fea tienes! si lo demás de tu cuerpo corresponde á tu fisonomía, deberás ser muy horrendo.—*Bert.* Sácame del todo fuera del saco, y verás qué bien plantado soy; y no receles nada, pues soy caballero y basta.—*Alg.* Yo lo haré, pero es menester que te vuelvas á meter luego que hayas acabado. Bertoldo, viéndose fuera del saco, empieza su relacion diciendo: has de saber, amigo, que la novia nunca me ha visto, y para que ella no note mi fealdad me han encerrado en este saco, y quieren traerla aquí para desposarnos sin luz, y despues me haré presente á su vista, y será forzoso entonces que ella se contente por fuerza; y á mi me darán luego de órden de la reina dos mil doblones que me tiene ofrecido. Al oir esto el alguacil exclamó: ¡Oh, qué hacienda tan mal empleada! ¡Que á mí que soy pobre, y no monstruoso, no me venga tal fortuna!—*Bert.* Si tú quieres, esta noche yo te hiciera hombre rico. Mira, yo estoy resuelto á no casarme con ella; porque siendo hermosa como un sol, y yo feo y contrahecho, estoy cavilando que no será para mí solo, y asi, si tú en lugar mio quieres entrar en este saco, yo te haré dueño de una fortuna muy grande.—*Alg.* ¡Cáspita! Esponerme yo á que despues que me desataran, y vieran que no eras tú, me hicieran dar el salto mortal con un nudo al pescuezo! Eso, no.—*Bert.* No receles nada, porque luego que estés desposado y conozcan que no hay remedio, tendrán paciencia, pues no lo podrán deshacer; con esto entrarás en posesion de todo lo que á mí me pertenece, y podrás vivir con felicidad y explendor.—*Alguacil*. El negocio tú bien me lo pintas fácil, que casi casi estoy ya determinado á arriesgarme, pues quien

no se arriesga no gana; pero ¿quién sabe lo que podrá resultarme en semejante aventura?—*Bert.* Aquel que no sabe aprovechar la ocasion cuando la fortuna se le viene á la mano, suele suceder que cuando la busca la encuentra en el rio; y pues ya que tú la desprecias, haz lo que te parezca, que yo no quiero cansarme más en persuadirte. Ya me entro en el saco; ven á atarme, pues el porfiar será necedad. —*Alg.* Aguarda un poco, que tiempo nos queda.—*Bert.* Quien tiene tiempo no espere tiempo; y buen loco soy yo en querer hacer bien á otro con perjuicio de mí mismo; ven y atarás la boca del saco.—*Alg.* Detente, amigo; ya me tienes convencido, estoy resuelto á entrar en el saco, y hacer todo lo que me has dicho.—*Bert.* No tienes que desconfiar ni sospechar: mete bien ese otro brazo, baja un poco la cabeza, que pueda atar la boca del saco, y como eres más alto que yo es necesario que te encojas, pues dentro de un par de horas, lo más, estarás despachado. Ea, pues, estáte quieto y no hables palabra, no sea que lo eches á perder.—*Alg.* Yo prometo no hablar, pero arrímame á la pared, porque me cansaré de estar de pié.

Despues que Bertoldo hubo dejado al alguacil bien asegurado, determinó escaparse y no esperar la tempestad



que le amenazaba; pero siéndole preciso pasar por los cuartos de la reina, recelaba ser descubierto; no obstante se determinó, acechando antes si oia ruido: y observando que todo estaba en un profundo silencio, fué acercándose á la cama de la reina con gran sigilo, y allí imaginó pegarla un buen chasco, pues tomando sus vestidos se los puso, y con este disfraz pasó todos los cuartos, y en el de la portera cogió las llaves que tenia colgadas junto á su cama, abrió las demás puertas, y bien pronto se vió fuera del palacio. Acaeció que habia nevado aquella noche, y temiendo ser descubierto por las pisadas, quitóse los zapatos y se los puso al revés, de suerte que las pisadas denotaban ser de alguno que habia venido á palacio y no de que hubiese salido. No creyéndose seguro dentro de la ciudad, se salió fuera, donde halló un horno, en que se metió dentro.

Por la mañana entraron las damas á vestir á la reina, y no hallando los vestidos, se quedaron confusas; mandó la reina la trajeran otros, levantóse muy enfadada, é inmediatamente se fué á donde habia dejado á Bertoldo, y no viendo al centinela que habia puesto, pensó que él habia sido el ladron de los vestidos, con lo que se puso en extremo furiosa: mas no obstante del enfado se arrimó al saco, y le dijo: y bien (pensando hablar con Bertoldo); ¿estás ahora de tan buen humor como acostumbras?—*Alg.* Señora, yo estoy dispuesto ya para desposarme con ella cuanto antes.—*Reina.* No pasará mucho tiempo sin que quedes consolado.—*Alg.* Procura que la traigan aquí sin tardanza, que aquí nos hemos de desposar en secreto y cobrar yo los dos mil doblones; que por mi parte estoy pronto á cumplir lo tratado.—*Reina.* ¿Qué desatinos está hablando este bestia? Sacadle la cabeza del saco que quiero verle la cara. Hombre, ¿quién te ha puesto aquí?—*Alg.* Aquel que babia de ser novio, que no queriendo por esposa aquella que tú le querias dar, ha renunciado en mí esta fortuna, y así ya puedes mandar que la conduzcan aquí juntamente con los doblones que por dote le ofreciste.—*Reina.* ¿Qué esposa ni

qué doblones? ¡Ay! ya veo que te has dejado engañar de aquel astuto. Espera un poco; pues es muy justo que yo cumpla el contrato y que sea á tu costa. Habiendo dicho esto, llamó cuatro criados, los que vinieron con buenos garrotes, y empezaron á descargar de tal modo sobre el pobre alguacil, que se puso á gritar y á pedir perdon; pero no le sirvió de nada. Aun no fué suficiente para la reina este solo castigo, sino que tambien mandó, que el saco como estaba, le echasen al rio; de este modo cobró el infeliz doblones.

Despues de la tragedia del alguacil se hicieron las más vivas diligencias para encontrar á Bertoldo; y la reina estaba con ánimo firme y resuelto, de que si le prendian fuese ahorcado sin dilacion alguna.

Estando, pues, Bertoldo metido en el horno oia á los que pasaban en su busca preguntar si le habian visto, y era para él una saeta que le atravesaba el corazon, y ya sentia haberse familiarizado en palacio, abandonando la libertad de su aldea. En medio de estas tristes ideas de que se hallaba cercado, sucedió que como los vestidos le venian largos, no los recogió bien, y se quedó fuera un pedazo de la bata; acertó á pasar una vieja, é inclinando la vista hácia la boca del horno vió las faldas, y conociendo los ribetes, guarniciones y bordados, discurrió que aquellos vestidos eran de la reina, y afirmándose en ello, empezó á publicar que la reina estaba escondida en el horno; fué á su casa, lo contó á las vecinas, y la voz se extendió de tal suerte, que públicamente ya no se hablaba de otra cosa en todas partes.

Habiendo llegado á oidos del rey semejante novedad, creyó que Bertoldo fuese el autor de una burla tan pesada. Fué luego al cuarto de la reina, y la encontró hecha una furia, refirióle la burla de los vestidos ponderando su atrevimiento y falta de respeto. Entonces el rey se hizo enseñar el horno; y asomándose, vió á Bertoldo con las ropas de la reina; hízole sacar fuera y le juró que solo con la muerte habia de pagar su atrevimiento y desvergüenza; quitáronle los vestidos, quedándose con sus harapos, y como además de su fealdad se habia llenado la cara del negro tizne del horno, parecia la figura del mismo demonio. Hola, ministros, dijo el rey, llevad á ese hombre: colgadle luego de un árbol; y os encargo que no atendais á sus palabras ni súplicas, porque es un infame atrevido: conducidle sin detencion y ejecutad lo mandado.—*Bert.* Señor, mirad que las cosas hechas tan de prisa nunca saben bien.—*Rey*. Muy grave ha sido el ultraje: á las tres veces va la vencida, y tú has cometido más de cuatro, y así no quiero escucharte.—*Bert.* Por haber dicho la verdad ¿he de padecer muerte? ¡Ah, señor, no seas tan cruel para mí: de corazon te suplico me atiendas!—*Rey*. Ya te he dicho que no he de escucharte, porque se ha de ejecutar sin remision el castigo.—*Bert.* ¿Qué he de hacer? ¡paciencia! Pues ya no hay remedio, preciso es morir para obedecer. Qué bien dice aquel refran: ó sirve como siervo, ó corre como ciervo; y por lo que veo, es mejor una onza de libertad, que diez libras de oro. Ea, pues, Bertoldo, en este lance es preciso tener ánimo y resignacion. Y pues ya que no hay remedio, rey y señor mio, estoy pronto á que se ejecute en mí cuanto has ordenado; pero, señor, antes que yo muera te pido me concedas una gracia por ser la última, espero de tu piedad recibirla.—*Rey*. Dí, que estoy pronto á concedértela, y así despacha.—*Bert.* Pues lo que te ruego es que mandes á tus ministros no me ahorquen mientras que yo no les señale árbol que sea de mi gusto.—*Rey*. Si no pides otra cosa, desde luego te concedo esta gracia.

El rey no entendió la metáfora de Bertoldo: éste le dió las gracias, y conduciéndole los ministros á un bos-

que muy frondoso y poblado de varios árboles, viendo que no habia ninguno que le gustase, le llevaron á otro cercano. Preguntaron si le agradaba alguno de aquellos.—No por cierto, respondió. Le llevaron á otros muchos y nunca pudieron hallar alguno que fuese de su gusto. Enfadados los ministros del viaje tan dilatado y fatigoso, conociendo al mismo tiempo su grande astucia y picardía, le desataron y pusieron en libertad, volviendo á dar cuenta al rey de cuanto habia sucedido.

Despues que al rey se le pasó el enfado, mandó buscar nuevamente á Bertoldo, y hallado que fuese, viniese á palacio, diciéndole ya estaba perdonado. Por fin le encontraron, pero él se resistió á volver á la córte, diciendo, que no habia tesoro que pagase la libertad. Viendo el rey que era imposible reducirle, fué en persona á buscarle, y despues de rogarle mucho, le trajo (aunque con gran repugnancia) á palacio. Se obtuvo igualmente el perdon de la reina. Hízose muy complaciente, de modo que todos le cortejaban como á privado; pero como nada en este mundo es perpétuo, por entregarse á la variedad de manjares regalados y licores esquisitos á que no estaba acostumbrado, le acometió una enfermedad tan grave que en pocos dias le causó la muerte.



Los médicos, no conociendo su complexion, le aplicaban remedios propios para caballeros; pero él, que sabía mejor su naturaleza, les rogaba dejasen las medicinas y le trajeran una hortera de judías y cebollas, mas los médicos nunca quisieron darle este gusto, y con esto acabó su vida Bertoldo. Lloráronle los cortesanos: y el rey le hizo enterrar con gran pompa, é hizo vestir la córte de luto, y para perpetuar la memora de tan grande hombre, hizo esculpir sobre la losa el siguiente

EPITAFIO.

Aquí yace en esta tumba oscura
un rústico villano y un portento,
que teniendo de bruto la figura,
tuvo el alma con noble entendimiento.
Fué BERTOLDO su nombre, y aseguró
en la gracia del rey su valimiento;
pero esta pompa le acortó los dias,
pues le privó de nabos y judías.

Era imponderable el desconsuelo del rey y reina por la pérdida de un hombre tan agudo y original. Sucedió, pues, que las personas que le asistieron, al ir á quitar la cama donde murió, hallaron debajo de las almohadas un envoltorio de papeles, los que sin dilacion los presentaron al rey, quien despues de desdoblar una infinidad de ellos encontró el testamento que Bertoldo había hecho unos dias antes de morir. Mandó el rey que llamaran á un escribano para que le leyese en su presencia, el cual vino al punto, y haciendo el saludo debido, tomó el testamento que decía así:

«En el nombre de la buena ventura salga lo que saliere; y pues deseo sea con el mayor acierto, á gusto de mis herederos y descargo de mi conciencia, digo: que conociendo yo, Bertoldo, hijo de Bertolazo; hijo que fué de Bertuzo y de Bertolina de Bretaña, conociendo que todos somos mortales, hallándome á los sesenta años de edad, y estando para dar las doce, quiero disponer mis cosas en la mejor forma posible para satisfacer á mis parientes y amigos; y así ruego al señor notario Cerfollo, sea servido hacer este mi testamento y última voluntad, que es como sigue:

Al zapatero de viejo Bortolá, le deja

mis zapatos de cuatro suelas, y ocho cuartos de moneda corriente, en memoria de haberme hecho la fineza de prestarme la lezna con algunos cabos y otras cosas correspondientes á mis urgencias.

Item. Al barrendero Ambrosio le mando diez cuartos, por haberme llevado algunas veces el braguero á componer.

Item. A Sauco el hortelano, dejo mi sombrero de paja, por haberme regalado algun manojo de puerros, comida muy de mi gusto.

Item. Al maestro Martin el cocinero le mando mi cuchillo con su vaina, por haberme asado en el rescoldo muchos nabos mas sabrosos para mí que los faisanes.

Item. A la tia Pandura mi lavandera, la mando mi jergon, para que se haga dos delantales, y esto en pago de haberme lavado muchas veces la camisa.

Item. Dejo mandado al muchacho de palacio llamado Fiqueto, veinticinco zurriagazos, en pena de la burla que ha hecho de mí, ya por haberme agujereado el orinal, y ya tambien por haber colgado un cencerro con ánimo de asustarme; sin otras muchas burlas que omito.

Item. Digo: que cuando yo vine aquí, dejé á Marcolfa, mi muger, con un hijo que se llama Bertoldino, y que no quise jamás avisarlos de dónde me hallaba, á fin de que no viniesen detrás de mí por no tener fisonomía para presentarse en unos lugares como estos; pero teniendo algunas alhajuelas de que disponer, doy poder á mi cara muger para que disponga de todas hasta que mi hijo tenga veinticinco años, pues entonces es mi voluntad que sea el dueño absoluto de todo, con condicion, de que si se casa procure que su muejr no sea mas que él. Que no haga daño á sus vecinos. Que coma lo que tenga, y trabaje cuanto pueda. Que no tome consejos de gentes perdidas. Que no se deje curar de médico enfermo. Que no se deje sangrar de barbero que le tiemble el pulso. Que pague á todos los que debiere. Que no se inquiete por lo que no le interese. Que sea vigilante en sus negocios Que no se haga mercader de aquello que no entienda, y no desee más que lo que le dé su suerte.

Item. Declaro no haber querido aceptar nunca nada del rey, á pesar de haberme persuadido á que tomase dinero, joyas, vestidos y otros ricos presentes, por considerar que acaso me hubiera ensoberbecido; y así yo estoy contento con morir pobre, y con que sepan que jamás he usado adulacion con mi rey, hablándole siempre claramente y sin pasion; y confío aceptará, aunque salen de la boca de un villano, los consejos siguientes:

Tener la balanza justa tanto para el pobre como para el rico. Examinar bien los procesos antes de fallar la sentencia. No dar audiencia á ninguno que esté colérico. Premiar á los hombres de mérito, y castigar á los verdaderos delincuentes. Proteger las viudas y patrocinar á los desvalidos. Hacer que se despachen pronto los pleitos, pues, por falta de esto suelen quedar en cueros los pobres litigantes.

Si observa estas insinuaciones será gran rey, amado y temido de todos sus vasallos; y con esto concluyo mi testamento.»

Habiéndole oido el rey, y viendo los documentos que contenía, mostró gran sentimiento; reflexionando la pérdida de un hombre que le había profesado amor y fidelidad. Mandó que el testamento de Bertoldo se guardase entre las más ricas preciosidades de su palacio. Dió órden de hacer diligencias para indagar dónde habitaba Marcolfa y Bertoldino, y que fuesen conducidos á la ciudad, porque quería tener memoria de Bertoldo, advirtiendo que no diesen la vuelta á la córte si no venian con ellos. Con esta órden marcharon varios caballeros, y tanto anduvieron buscando por todo el reino, que por fin los encontraron; mas lo que le sucedió se verá con lo que sigue.

TRATADO SEGUNDO

RIDÍCULAS SIMPLEZAS DE BERTOLDINO.

Despues de la muerte del gran Bertoldo, como se quedó el rey privado de un hombre de tan raro entendimiento, de cuya boca no salian más que sentencias, juzgó le era imposible vivir sin un consejero como el que acababa de perder. Acordábase de sus chistes y gracias, con los que olvidaba sus disgustos, y así andaba pensativo y cabiloso, cuando recordó que en el testamento había hecho mencion Bertoldo de su mujer y su hijo. Por lo que determinó enviar algunas gentes por montañas y aldeas en su busca. Hecha la determinacion, llamó á un empleado de palacio llamado Herminio, y le encargó esta diligencia. Luego de comunicada la órden del rey montó Herminio á caballo con los demás que le acompañaban, los cuales anduvieron preguntando por todos los lugares á cuanta gente encontraban, si podian darles razon de la familia que buscaban; y no hallando á nadie que les diese la menor noticia, estaban casi desesperados; y se hubieran vuelto á no acordarse del riguroso precepto del rey de no regresar sin ellos. Ultimamente, despues de muchas marchas y contramarchas, determinaron un dia subir una penosa y áspera cuesta. No era imaginable que allí pudiesen habitar racionales, y por lo tanto ya se arrepentian de haber subido tan arriba, y volviendo las riendas para bajar al monte, vieron una vereda que guiaba á un arbolado: marcharon por ella, y llegaron á la mitad del bosque en un sitio dominado por un lado de elevadísimos peñascos y por lo demas circundado de corpulentos robles. En medio de ellos había una miserable choza hecha de tierra y ramas; llegaron á ella á tiempo que una mujer sumamente disforme y fea se apresuraba á cerrar la puerta sorprendida á vista de una gente que no estaba acostumbrada á ver. Notando Herminio la accion de esta mujer y que trataba de fortificarse, aunque de una puñada podía haber echado la puerta al suelo, no quiso usar de la fuerza; antes bien llamándola la suplicó que abriese, asegurándola que no la haría daño alguno. Asomóse la mujer (que era Marcolfa) á la ventana, y les dijo:—*Marc.* ¿Qué es lo que buscais por estos desiertos?—*Herm.* Señora, abrid la puerta, que venimos tal vez á haceros un beneficio muy grande; venid acá fuera que tenemos que hablaros.—*Marc.* Quien desea sacarme de mi casa más procura dañarme que darme gusto. —*Herm.* Decid, señora mia, ¿teneis marido?—*Marc.* Yo le tendría si él no hubiese comido tanto.—*Herm.* Pues decidme, ¿quién era vuestro marido? ¿cómo se llamaba?—*Marc.* Mi marido era el hombre mas de bien que había en el mundo, y se llamaba Bertoldo. —*Herm.* ¿Es cierto? ¡Ay qué buena noticia para nosotros! y decidme: ¿teneis algun hijo?—*Marc.* Yo tengo uno y puedo decir que ahora no le tengo.—*Herm.* ¿Pues cómo se puede entender eso? ¿Y dónde está ahora?—*Marc.* Ahora no está en casa, y por eso digo que no le tengo; y si quieres saber dónde anda, pregúntaselo á sus zapatos.—*Herm.* Está bien; pero señora mia, dejando esto á un lado debo deciros que el rey mi señor os llama á los dos; y así con toda seguridad podeis salir para que podamos hablar con mucha mas comodidad. —*Mar.* Ya salgo... Aquí estoy, qué me quereis?—*Herm.* Ante todas cosas y mien-

tras viene vuestro hijo, hacernos el gusto de darnos á beber, llevándonos á vuestra bodega, pues venimos fatigados de subir y bajar por estos montes.—*Marc.* Honrados caballeros, venid conmigo y en este manantial podreis beber cuanto os dé gana; esta es mi bodega y de ella usamos mi hijo y yo á nuestro placer... pero aquí viene mi hijo Bertoldino; ven, hijo mio, acércate que estos señores te quieren hablar.—*Bert.* Madre, qué géntes ó qué bestias son estas que están aquí?—*Herm.* Buenos estamos, á la primera salutacion nos trata de bestias.—*Marc.* No quiere decir eso; solo que como os vé montados sobre esos caballos (cosa que en su vida había visto) ha creido que vosotros y el caballo que teneis debajo sois una misma cosa.—*Bert.* ¡Ay, y las piernas que tienen que á cada uno ya le he contado seis, zape, y cómo correrán!—*Herm.* ¡Oh, qué estupendo salvaje! No se parece este á su padre, ¿qué gusto podrá tener el rey con este majadero? Pero no obstante, no haremos poco si podemos llevarle. Vamos, Bertoldino, prevente para venir con nosotros á la córte de nuestro rey.—*Bert.* ¿Y qué tengo yo de hacer allá? Y en esa córte que decís, ¿podré llevar tambien mis cabras?—*Herm.* Sí, sí, todo lo que tú quisieres. Y vos, señora, decidnos, ¿cuál es vuestro nombre?—*Marc.* Marcolfa me llamo.—*Herm.* Pues Marcolfa, si quereis venir, disponed vuestras cosas para marchar sin detencion.—*Marc.* ¿Cómo será fácil que yo deje mi choza? ¿y tú que dices, Bertoldino? ¿quieres venir ó no á la córte?—*Bert.* Si tú vienes tambien me resolveré á ir, si no no.—*Marc.* Pues ya estoy determinada á ir contigo, para que puedas por este medio lograr la fortuna que te aguarda; y dejaré encargada mi casa á una vecina, que me la guarde hasta que vuelva, si Dios me lo permite.

Luego que Marcolfa hubo arreglado sus cosas, marcharon con los caballeros hácia la córte, los que quериendo poner á Bertoldino á caballo, no pudieron conseguir que abriese las piernas, y fué preciso ponerle atravesado encima de la silla como si fuera un fardo; y marchando á buen paso, arribaron en pocos dias á la ciudad.



Habiendo llegado á noticia del rey, les salió al encuentro acompañado de los de su córte; y viendo un bulto atravesado en un caballo se puso á reir, y preguntando á Herminio el motivo de no venir aquel muchacho montado á caballo, le contestó diciendo:—*Herm.* Señor, este que veis es Bertoldino, que no ha sido posible hacerle abrir las piernas para montar en la silla; aquella que viene atrás es su madre Marcolfa, y aseguro á V. M. que es mujer muy perspicaz y aguda; pero su hijo, yo juzgo, señor, que hubiera sido mejor dejarlo en su rincon, porque es tan sumamente tonto, que con facilidad se le hará creer que los borricos vuelan.—*Rey.* Todo eso se puede dar por bien empleado; bajadle del caballo con cuidado: no se puede negar al ver su rara figura que es hijo de Bertoldo; mas aquí llega la que decís es su madre.—*Marc.* Serenísimo señor, el cielo te salve y mantenga tus Estados cada vez en mayor grandeza.—*Rey.* Y á tí te conceda cuanto puedas desear: Marcolfa, ¿vienes cansada?—*Marc.* Si no hubiera caminado estaría mas cansada.—*Rey.* ¿Qué es lo que dices? esplícate de modo que te pueda entender.—*Marc.* Me esplicaré. Aquel que camina para obedecer á su superior, nunca se cansa;

aquel que no sirve con voluntad se cansa antes de ponerse en camino.—*Rey*. Señal verídica es la que das de haber sido mujer de mi apasionado Bertoldo. Ea, disponerles alojamiento, que se les vista ricamente y despues sean llevados á la reina.—*Marc*. Solo, serenísimo señor, os suplico me concedais la gracia de no mandarnos quitar nuestros trapos; porque, señor, si tú nos adornas de telas de oro y plata, infundirá en nosotros una grande vanidad, y viéndonos con tanta gala, el mundo se engañará creyéndonos personas distinguidas, de que seguirá de esto que nos olvidemos de nuestra baja esfera ensoberbeciéndonos, y nos haremos aborrecibles, viniendo al último á parar nuestras vanidades en quedarnos hechos escarnio de todos. —*Rey*. Sentencias dignas de reflexion has pronunciado; pero no me instes mas, que quiero vayas adornada y servida como mereces.—*Marc*. Señor, te suplico que me escuches una gustosa fábula que me contó mi marido Bertoldo en una de las largas noches del invierno.

Por las tierras de Trebisonda, hubo en cierto tiempo un hombre que tenía un asno muy grande. Viendo este un dia ciertos caballos de regalo con sus sillas guarnecidas, gualdrapas y tapafundas bordadas, se le puso en la cabeza que á él se le debía adornar de la misma forma; y alegaba varias razones en favor de su opinion. A esto el amo le respondió diciendo: ¿no conoces que lo que tú dices es un gran desatino? Has de saber que cuando se criaron las bestias, á cada una se le atribuyó su oficio; y tú aunque tuvieras todo el oro del mundo, siempre serás conocido por asno; y por mucho que te adornases, como tienes las orejas tan largas, nunca podrias ocultar tu figura. A estos cargos respondió el asno que si las orejas le habian de descubrir, tambien había el remedio de hacérselas cortar á la medida de los caballos. El amo por complacerle se las hizo cortar: y como era corpulento, todos creian fuese caballo, y así anduvo algun tiempo sin ser conocido; pero como la naturaleza vence siempre, el infeliz animal vió pasar una burra é inmediatamente abandonando á la compañía de los caballos, echó á correr tras de ella con rebuznos, y tirando por el suelo los ricos aparejos todo lo dejó estropeado; con esto perdió el buen concepto que todos habian formado de él: y por último despues de una buena tunda de palos le volvieron á su primer oficio de llevar carga.

Serenísimo rey mio, este ejemplo puede servir para nosotros; con que mas vale que nos dejes con nuestros pobres vestidos; y ya que tu voluntad se empeña en lo contrario, manda siquiera que no tengan oro ni seda, pues nos sentaría muy mal, y mucho mas á este hijo que Dios me ha dado tan desproporcionado y monstruoso. —*Rey*. Confieso me has convencido con tu fábula y las razones con que la has acompañado. Quien te oyera no te tendrá en concepto de mujer ordinaria. Ea, Herminio, llevadlos á descansar á su cuarto.—*Bert*. ¿A dónde nos quieres llevar?—*Herm*. Venid, que os llevo al cuarto mismo de tu padre. —*Bert*. Mi padre está debajo de tierra, y creo que tú nos quieres sepultar con él.—*Marc*. Salvaje, no dice eso; sino que vamos al cuarto mismo que habitó tu padre cuando vivía.

Herminio los llevó á un cuarto ricamente adornado. Hizo venir despues un sastre para tomarles la medida de unos vestidos decentes; al otro dia volvió el sastre para probarles la ropa, y al tiempo de ajustar la chupa á Bertoldino, como estaba acostumbrado á llevar vestidos anchos, empezó con voces descompuestas á gritar. —*Bert*. Mira que si me aprietas un poco más no lo podré sufrir, pues ya me van subiendo á la garganta las puches que comí poco há: mira que suben sin poderlo remediar; miraaaá... —*Sastre*. ¡Habrá mas grande animal! ¡Mal torozon te dé Dios, puerco de

todos los diablos! Mira cómo me has puesto la cara. ¡No reventáras! Amen. —*Bert.* ¿No te avisé que ya no podía mas? ¿por qué me apretabas tanto? Déjame pues, con mis vestidos holgados.

El sastre, con el hocico emplastado de las puches, se fué gruñendo á lavarse; y despues se presentó al rey, á quien hizo la relacion de lo que le había sucedido: oyéndolo el rey se echó á reir, considerando la inocencia del uno y la formalidad del otro. Dió órden para que se le hiciesen unos vestidos mas anchos, y enseguida los llevaran á que los viese la reina, que mirando aquellas dos caras tan ridículas y contrahechas, no pudo contener la risa. Viendo Marcolfa esta mofa, despues de hacerla la cortesía á su estilo, la dijo de este modo:—*Marc.* Serenísima señora; el rey nos mandó buscar, y nos sacó de nuestro centro, que son las montañas y selvas, creyendo sin duda que nosotros seriamos aptos y á propósito para vivir en la córte, y cada dia estoy temiendo el tener que sufrir muchos sonrojos viendo que hacen todos burla de nosotros, é imagino que en poco tiempo enfadaremos á todo el mundo; siendo la mayor causa de ello las grandes tonterías de Bertoldino; con que mejor hubiera hecho el rey en dejarnos pacíficos en nuestra casa, que habernos hecho venir á ser mofa de palacio; pero ya que su voluntad es esta, yo estoy pronta á obedecer rendidamente sus órdenes.—*Reina.* Querida Marcolfa, no pudiera creer (si no lo hubiera oido) tu grande elocuencia; tu cultura y modo de hablar no pueden ser hijos de los montes y desiertos donde todo es rustiquez; tú me has dejado maravillada, y en señal de amor y cariño pídeme cuanto quisieres, que te será concedido en testimonio de lo mucho que te quiero.—*Marc.* Tú nada tienes que dar, pues lo necesitas para tí.—*Reina.* Yo nada he menester, pues como reina de Italia, no cedo á nadie en tesoros ni en grandeza.—*Marc.* ¡Ah! tantas cosas te faltan, señora, que...—*Reina.* ¿Qué me falta? Deseo que me lo digas.—*Marc.* No he de salir de la córte, ó he de dejar de ser quien soy, si no te hago confesar que necesitas muchas cosas y que eres más pobre que yo.

La reina quedó asombrada de la sagacidad de Marcolfa, y mandó llevarla con su hijo á su cuarto para que descansasen, encargándoles viniesen á menudo á visitarla.

Habiéndolos acompañado á su cuarto, trabaron conversacion los dos, diciendo Bertoldino á su madre.—*Bertoldino.* Madre mia, yo he oido decir que la reina quiere estar sobre todas las demas mujeres, y lo mejor sería que nos volviésemos á nuestra casa, porque si ella se pone encima de tí, tan gorda como está, te ha de hacer echar las tripas por la boca.—*Marc.* Mira, tonto, cuando se dice que la reina es sobre todas las mujeres, se entiende que como tal, es dueña y señora de las demas, y debe ser reverenciada. ¡Válgame Dios! Qué mameluco más grande! parece increible que de un hombre de tan elevado ingenio como era tu padre, haya salido un zoquete semejante.—*Bert.* Y pregunto: ¿quién nació primero, yo ó mi padre?—*Marcolfa.* ¿Cómo quieres haber nacido primero que tu padre? ¡Ay pobre de mí! ¡Que haya venido yo á la córte con este gran pollino!

En estas disputas estaban, y Bertoldino iba á continuar sus sandeces, cuando les llamó la atencion el ruido de unas pisadas que se dirigian hácia ellos. Era el rey que todo el tiempo que estuvieron hablando, los estuvo escuchando con sumo placer, ya por la inocencia de Bertoldino, ya por la agudeza y talento de Marcolfa; llamólos y los condujo en su coche fuera de la ciudad á una casa de campo, en la que había hermosos jardines, fuentes, bosques, estanques y toda especie de recreos campestres; y estando allí habló á Marcolfa de esta suerte:—*Rey.* Conociendo yo que estás acostum-

brada á tu libertad, y sirviéndote de recreo el vivir en el campo, me ha parecido conveniente disfrutes de esta hacienda y goces de sus recreos; pero te advierto que ha de ser con la obligacion de que Bertoldino vaya á verme todos los dias á palacio. Ea, entrad dentro y hallarás la casa con todo lo necesario.—*Marc.* Yo te doy millones de gracias, y agradezco, señor, tu magnanimidad generosa; pero mirad que á mí no me conviene tanta grandeza. Yo, señor, vivo avergonzada de ver que de un padre tan entendido y sentencioso como Bertoldo, haya salido un hijo tan rudo y simple, cuya ignorancia es tanta, que pregunta al levantarse de la cama, cual es lo primero que ha de poner al suelo, si los piés ó la cabeza: que es á cuanto puede llegar la ignorancia.—*Rey.* ¿Es verdad esto, Bertoldino? ¿Qué dices tú á eso?—*Bert.* Yo digo que quisiera te fueses pronto de aquí, porque mientras estás no puedo irme á merendar. —*Marc.* ¡Ah! pícaro ingrato. ¿Son esas palabras decentes para decirlas á nuestro dueño y señor, despues que nos hace tan grandes beneficios?—*Rey.* Tiene muchísima razon en lo que dice, y ahora digo que no es tan tonto como lo haces; ya me voy, quédate en paz, y no os olvideis de venir á verme; y adios, hasta la primera visita.—*Marc.* El cielo te guarde y te dé todo lo que desea mi gratitud.

Luego que se fué el rey, quedaron Marcolfa y Bertoldino hechos dueños de la casa de recreo que les acababa de ceder S. M., y entre los jardines había un estanque que contenía gran diversidad de pesca, y que como es natural se criaban tambien ranas. Un dia que Bertoldino estaba asomado al borde del estanque divirtiéndose, reparó en un gran número de ranas que cantaban muy recio; y como en su canto particular parece que dicen *cuatro, cuatro*, Bertoldino creyendo le decian que el rey no les había dado mas que cuatro escudos (habiéndoles dado mil), fué corriendo á su casa muy enfadado, tomó el cofrecillo de los escudos, los llevó al estanque, y tomando un puñado de ellos, los tiró á las ranas diciéndolas: *tomad, animales de Barrabás, contad, y vereis si son mas de cuatro*; pero como no callasen continuó echando puñados hasta que acabó el dinero; y diciéndolas mil oprobios, se volvió á casa colérico y furioso. Marcolfa que le vió



venir tan sofocado, le preguntó el motivo de su alteracion, y Bertoldino le explicó todo cuanto le había sucedido con las ranas, y de como para desengañarlas las había echado todos los escudos del cofrecillo que el rey les había regalado, para que viesen que eran mas de cuatro. Al oir esto Marcolfa, exclamó: ¡ay pobre de mí! Salvaje, incapaz, no sé como no te ahogo entre mis uñas. ¿Qué dirá el rey cuando tenga noticia de semejante locura? Es natural se irrite y nos despida por tu culpa: ¡qué maniático hubiera hecho locura mas desatinada!

Oyendo Bertoldino que las ranas seguian cantando en la misma forma, y no pudiéndose contener de encolerizado que estaba, imaginó que á fuerza de bocaditos de pan conseguiría atraerlas á la orilla y cogerlas. Con esta idea aguardó el primer descuido de su madre, se fué á donde estaba el pan, lo partió todo en bocados, volvió al estanque y lo echó dentro; pero al caer en el agua, todas las ranas se bajaron al hondo, y los peces subieron arriba á comer el pan. Viendo Bertoldino que no le había salido la cosa como se creía, fuese á casa ra-

bioso, cargó con un saco de harina con el fin de echársela á los ojos y cegarlos. Con este disparate echó al estanque todo el saco de la harina, y volvióse á casa muy satisfecho de que había tomado venganza, dejando los peces ciegos.

Habiendo hecho Bertoldino la bobada referida, reparó que en un rincon de la casa habia una gallina clueca en un cesto empollando unos huevos; se fué á ella, la echó fuera, y él se encajó dentro de la cesta, poniéndose en accion de empollarlos. Estando metido en la cesta, llegó Marcolfa, que venia de la ciudad de ver á la reina y darla un rato de diversion y gusto, que le tenia muy grande cada vez que veia á Marcolfa; llegó á casa y llamó á la puerta, que extrañó encontrarla cerrada, y empezó á dar voces, diciendo: —*Marc.* Bertoldino, Bertoldino, ven, hijo, y ábreme la puerta.—*Bert.* Yo no puedo ir á abrirte, porque estoy en la cesta de la clueca.—*Marc.* ¿Y qué haces del cesto?—*Bert.* Estoy sacando los pollitos que ahora empiezan á nacer, y siento ya que uno me está picando en las posaderas.—*Marc.* ¿Tú sacar pollos? ¡Oh, nunca hubiera venido con este tonto! Bertoldino, Bertoldino, ábreme.—*Bert.* Espera un poco, que ya voy.—*Marc.* ¡Ah pícaro infame! ¿Qué has hecho? ¡Puerco, mira cómo estás empringado, y qué buena hacienda has puesto! ahora mismo voy á pedir al rey licencia para que me deje volver á la montaña, pues con los desatinos y brutalidades tuyas, no es posible poder vivir entre gentes; ahora conozco la prudencia de que usó tu padre en no querer revelar á nadie que tenia hijos, conociendo que tú no servirías más que de sonrojo y vergüenza. ¡Oh Bertoldo mio! ¿si tú vieras esto, qué dirias?

Despues de estos debates, Marcolfa y Bertoldino se fueron á ver al rey; y Marcolfa, despues de hecho el saludo correspondiente, le dijo de esta manera: *Marc.* ¡Ah señor! este hijo me tiene sumamente desazonada con los desatinos y locuras que ejecuta continuamente.—*Rey.* ¿Qué es lo que ha hecho? ¿Se ha meado en la cama?—*Marc.* Señor, es mucho peor.—*Rey.* ¿Se ha movido ó aflojado el vientre?—*Marcolfa.* Mil veces peor.—*Rey.* Pues qué cosa peor y más súcia puede haber hecho?—*Marc.* Señor, cuando te lo diga, yo sé que te has de enfadar, y con muy justa razon: y así te vuelvo á decir que hubiera sido mucho mejor que nos hubieras dejado en nuestras montañas, porque no fueran conocidas de nadie las tontadas de este necio.—*Rey.* ¿Pues qué ha hecho este pobre, que segun lo ponderas será algun delito gravísimo? Dime presto, y no te aflijas, que le perdono al instante, sea lo que fuere.

Marcolfa contó al rey todo lo que le habia sucedido con Bertoldino; lo de los escudos, el pan arrojado á las ranas, y la harina á los peces; y por último, la sacadura de los pollos, con todos los demás desatinos que habia ejecutado. El rey, en lugar de reprenderle, empezó á reir de tal forma, que apenas podia tenerse de pié; y vuelto á Marcolfa, la dijo: que si eran aquellas las graves culpas que queria decir, pues aquello no eran cosas de grande entidad: antes habia hecho muy bien enseñar á las ranas cómo han de hablar. En seguida mandó que entrasen al cuarto de la reina para que tuviese un rato de diversion con ellos.

Entraron Marcolfa y Bertoldino en el cuarto de la reina, la cual los recibió con cariño. Hallábase presente una doncella de la real servidumbre llamada Librada, con la que Bertoldino trabó una quimera diciéndola mil desvergüenzas, hasta que la reina le dijo: *Reina.* Calla, Bertoldino, y dime: ¿Cómo haces eso con mi doncella?—*Bertoldino.* El rey me lo mandó, y si no pregúntaselo á mi madre.—*Reina.* ¿Es cierto esto, Marcolfa?—*Mar.* Serenísima señora, yo varias veces he dicho al rey que este muchacho no conviene dentro de la córte, y que puede ser perjudicial en alguna oca-

sion, pues no todos se hacen cargo ni reflexionan que está fátuo. Vuestro esposo antes de entrar le ha dado licencia para que hablase como le pareciese, con toda libertad; y como este bruto todo lo entiende como suena, habiendo oido llamar á vuestra doncella con el nombre de Librada, ha pensado el salvaje que el rey le habia dicho que le dijese cuanto le viniese á la boca, y este ha sido el motivo.

Cuando la reina oyó semejante tontería se echó á reir sin poderse contener, y luego despues en tono sério le dió una buena reprension, diciéndole: que en adelante no se desvergonzara con sus damas y no fuese descortés, porque de lo contrario esperimentaria un riguroso castigo, y por lo tanto no se separase de la modestia, que esa era la mejor prenda de la córte. Bertoldino callando á todo respondió con una cortesía á uso de la montaña, prometiendo á la reina hacer lo que le mandaba, y así se partieron á su caserío.

Habiendo llegado á su casa de campo, como Bertoldino llevaba en la memoria lo que la reina le habia dicho, se encontró casualmente con la mujer del hortelano, que se llamaba Modesta; y sin decir nada se tiró á ella, sujetándola de tal modo, que la llevaba tras de sí; viéndose arrastrada de este loco, empezó á gritar, de tal forma, que llegó á oidos de su marido, el cual acudió con un buen palo en la mano para sacudir sobre Bertoldino lo que merecia; mas por respeto de que el rey le queria se contuvo, y con harto trabajo se la pudo quitar de las manos, y dándole una buena reprension, le amenazó diciendo que daria parte al rey de tal atropellamiento.

Marcolfa recibió un recado para que fuese á ver á la reina cuanto antes pudiese. Ella sin perder tiempo se fué á la córte y se presentó delante de la reina, la cual la hizo sentar junto á sí; y con amor y apacible rostro, la dijo: *Reina*. Querida Marcolfa, yo tengo precision de tu persona para que me ayudes en una cosa mia de importancia.—*Marc*. El haber menester nace de la necesidad; la necesidad viene de la pobreza, y la pobreza viene de aquello que se carece, y habiéndome tú menester vienes á ser más pobre que yo: y así claramente te he probado que por grande y poderoso que sea uno siempre ha menester.—*Reina*. Tú tienes muchísima razon, y te aseguro que nunca me alabaré de ser tan feliz que no tenga en este mundo necesidad de nadie. Has de saber que esta noche pasada la tuvimos muy divertida con una gran funcion de música y baile, y al fin se determinó hacer un juego entre las damas y caballeros, y el que perdiera en él pagaria una prenda, y para rescatarlas se mandaban varias penitencias: á unos se les hacia representar, á otros se les mandaba echar una décima de repente, á otros escribir cartas amorosas, en suma, á unos una cosa y á otros otra; y habiéndome tambien á mí tocado pagar una prenda, he dado una sortija con un diamante, y me han dado un enigma para que lo explique esta noche, y mientras no le explique no me devolverán mi prenda. El enigma es este: *no tengo agua y bebo agua, y si yo tubiera agua beberia vino*. Despues de haberme quebrado la cabeza mucho tiempo no le he podido adivinar por ser tan difícil. Esta es la precision que tengo de tu persona; sé muy bien que Dios te dió un ingenio agudo y sutil, y así, en este lance es menester que recorras la memoria para que yo pueda acertar y recobrar mi prenda.—*Marc*. Si no es más que esto, queda por mi cuenta el que salgais con lucimiento. El enigma se descifra diciendo: que es el molinero, el cual se halla en un molino de aquellos que no tienen bastante agua para moler; que como no muelen por falta de agua, no gana para comprar vino, y le es preciso beber agua por necesidad; porque si tuviera agua para moler, tendria dinero para comprar vino. Esta es la explicacion del enigma. ¿Estais ente-

rada?—*Reina.* Ya quedo hecha cargo, y verdaderamente conozco que esta es su propia interpretacion, y que yo nunca hubiera adivinado.—*Marc.* Señora, ahora con vuestro permiso me iré á mi casa, que creo hallaré alguna novedad.—*Reina.* Anda, vete muy enhorabuena, y te encargo que vengas á verme más á menudo.

Interin que Marcolfa habia ido á hablar con la reina, Bertoldino se entró en el corral, vió volar una infinidad de grullas; y discurriendo grandes arbitrios para cojerlas, no halló otro más fácil que el de emborracharlas: se fué á la bodega, tomó un barril de vino muy especial, y cargando con él lo echó en la artesa, y fué á esconderse para ver el efecto que haria: apenas lo ejecutó, cuando bajaron las grullas al olor del vino: tanto bebieron que empezaron á caer por un lado y por otro como muertas. Viendo Bertoldino tal espectáculo, fué con grande alegría recogiéndolas y colocándolas alrededor del cinto, las llevaba ensartadas por los pescuezos, y determinó salir á recibir á su madre con aquel trofeo. Luego que la vió venir de lejos, empezó á saltar y á gritar de alegria; pero sucedió que con su contínuo movimiento y el haber pasado algun tiempo que las grullas habian digerido ya el vino, empezaron á sentir la opresion del cinto, esforzándose para sacudir las alas por si podian escaparse. De tal suerte apretaron los vuelos, que como eran muchas consiguieron levantarle á bastante altura. Marcolfa, que venia de la ciudad, reparó que Bertoldino andaba levantado por el aire, y no sabiendo el motivo de una cosa tan extraña, trémula y confusa, empezó á gritar y á exclamarse diciendo: ¡Ay pobre de mí! ¡Ay que las grullas se llevan á mi hijo! ¡Dios sabe si le volveré á ver más! ven, muerte, y acaba conmigo, y con esto me quitarás tantos disgustos como paso.

Mientras Marcolfa se quejaba de su desdicha, las grullas volvieron el vuelo hácia el suelo; y casualmente sucedió la desgracia de que atravesando por encima de un estanque de agua, se rompió el cinto donde estaban sujetas, y el pobre cayó de cabeza dentro del agua, pero como la fortuna está guardada para los tontos, despues de haberse zambullido muchas veces en el agua, salió fuera sin lesion alguna. Llegó Marcolfa en este tiempo: viéndole hecho una sopa, le preguntó lo que le habia sucedido; y despues que Bertoldino la hubo informado de todo, fué á buscar un vestido para que se quitase el mojado, quedándose entretanto en cueros; y como era en lo más ardiente del mes de Julio, empezaron á acribillarle las moscas por todas partes sin que pudiese librarse de su furor; hasta que llegó á enfadarse tan de veras, que cogiendo un manojo de cambroneras, empezó á desafiarlas á una sangrienta batalla hasta que llenó el cuerpo de llagas. A



esto llegó Marcolfa, y viendo que se estaba desollando vivo, le quitó los manojos, cubriéndole sus ensangrentadas carnes; púsole en la cama, porque no podia tenerse más en pié ya por la caida en el estanque, ya tambien por lo desangrado que estaba, de suerte que presentaba un lastimoso espectáculo. Fué Marcolfa al punto á buscar á un médico con el que volvió á casa al cabo de poco rato: entraron al cuarto de Bertoldino que estaba durmiendo, y el médico acercándose á la cama le descubrió un poquito para ver como estaba de sus heridas, á cuyo tiempo despertó Bertoldino, y volviéndose á su madre la dijo: *Ber-*

toldino. ¿Quién es ese hombre que está contigo? ¿Es algun capador? Pero no importa, que á tí no te han de capar. Señor Figura, quítate de delante de mí, porque... Agradece que estoy durmiendo, que si no me habia de levantar y darte tantos palos como puede llevar un borrico.—*Méd.* Solo esto me faltaba: vaya, duerme, duerme, que para mí ha sido una fortuna el que tú no estés despierto. Marcolfa, ya he conocido la enfermedad, yo te enviaré tres píldoras capilares para que se le descargue la cabeza; le pondrás una por tres mañanas consecutivas, y con esto espero que en pocos dias se pondrá bueno, y no hay que tener cuidado que esto no será nada; y adios, hasta otra vez.

Despidióse el médico, riéndose de la gran simpleza de tan grande majadero, que aún quedaba gruñendo, y decia que estaba durmiendo. Trajeron á Marcolfa los medicamentos, y con ellos se fué á la cama de Bertoldino, diciendo: *Marc.* ¿Duermes todavía, simplon?—*Bert.* Sí duermo, ¿qué quieres? ¿Me vas á dar puches?—*Marc.* Te quiero dar un medicamento, y verás como te pones bueno, y yo te haré puches despues de tomar las medicinas; ahora toma estas píldoras, y luego te pondré yo esta cala.—*Bert.* No, no, dámelo todo á mí, que ya estoy hecho cargo, y lo haré como mandas.—*Marcolfa.* Vaya, pues tómalo todo y esfuérzate á echarlas presto á abajo; pero ¿qué haces, bestia? Espera, que esto no vá de ese modo. ¡Desdichada de mí! lo que ha de tomar por arriba se lo aplica por abajo, todo lo hace al contrario.

Por más gritos que le dió Marcolfa no lo pudo remediar, porque la cala, como la vió bañada de miel, ya se la habia tragado, y las píldoras hacia todos sus esfuerzos para encajárselas por la parte posterior.

Bien le pesó luego al desdichado, porque la cala se le atarugó en la garganta, que llegó casi en términos de ahogarse; pero en fin, pudo salir del apuro, y en cuanto se sintió un poco aliviado, Marcolfa le hizo una buena porcion de puches, las que se comió con buen apetito, y con el peso de ellas se fué debajo de un árbol para aligerarse el cuerpo.

Luego que se sintió bueno para ir á la ciudad, el rey le mandó á buscar con un coche; y cuando le vió presente, le dijo: *Rey.* ¿Cómo estás, Bertoldino, cómo te sientes?—*Bert.* Yo estoy de pié, y siento tocar las campanas. —*Rey.* Lo que yo te pregunto es si te sientes malo ó bueno.—*Bert.* Pues si ya te he dicho que siento tocar las campanas ¿no siento bien?—*Rey.* Ea, pues ya que no quieres responder adecuado á lo que te pregunto, conducidle al cuarto de la reina, porque quiero que le vea.

No queria ir Bertoldino, diciendo que si la reina queria verle, que viniese ella allí, pero le llevaron al cabo: y luego que estuvo en su presencia le dijo la reina: *Reina.* ¡Oh, aquí tenemos á Bertoldino! ¡Supongo que ya muy aliviado! Hola, criados, venga uno y traiga de merendar á este cuitado.—*Bert.* Te suplico, antes de merendar que me hagas el gusto de que me lleven á hacer mis necesidades, que es lo que más importa.—*Reina.* Tienes razon. Filantro, lleva á ese pobrecillo donde él te diga.—*Fil.* Señora, voy á obedecer. ¿Dónde quieres que te lleve?—*Bert.* A hacer aguas mayores.—*Fil.* Yo creo que este descomulgado ha de soltar la carga antes de que llegue al lugar comun.—*Bertoldino.* ¿Dónde me quieres llevar?—*Fil.* Te llevo al cántaro para que hagas tu menester.—*Bert.* Yo no quiero cantar ahora, llévame al campo.—*Fil.* Vamos, que te llevaré donde tú quieras; ya que mi fortuna así lo quiere, tendré paciencia por esta vez, que otra no me vuelves á pillar.

Condújole Filantro á lo último del jardin, donde hizo su precision; y cuando hubo acabado lo llevó á la despensa, le dió pan y un pedazo de salchichon con un buen trago de vino y

lo condujo otra vez á donde estaba la reina, y despues de haberla divertido un buen rato con sus chistosas necedades, mandó que pusieran un coche, y lo llevaran otra vez á su casa. Así que llegó, Marcolfa le hizo varias preguntas sobre lo que habia visto en la córte y lo que habia aprendido; á lo que contestó con algunas simplicidades como las que tenia de costumbre.

A la mañana siguiente tuvo que pasar Marcolfa á la ciudad para comprar ciertas cosas precisas para la casa. Encargó á Bertoldino el cuidado de de ella, y sobre todo que celase los pollitos que estaban sueltos en el corral, no se los llevara el gavilan, pero como si le hubiera dicho que se los entregara; pues tomó todos los pollos, los fué atando de un pié haciendo una sarta de todos juntos, y de este modo los subió al tejado, poniéndose él en el sobradillo desde donde observaba lo que habia de suceder, y logró en breve tiempo, pues un gavilan que de contínuo revoloteaba alrededor de la casa, como los vió en el tejado, se tiró á ellos, cogió uno que habia blanco levantándole en el aire con todos los demás que estaban asidos en él. Cuando volvió Marcolfa de la ciudad, la salió á recibir Berioldino dando muchas carcajadas, y su madre le preguntó: *Marc.* ¿Qué tienes que tanto te ries? ¿Hay algo de nuevo?—*Bert.* ¡Ay madre mia, que he tenido un gusto muy grande! pues le he pegado un gran chasco al gavilan.—*Marc.* ¡El cielo me ampare! ¿Y qué chasco es? Dilo presto.—*Bert.* He atado los pollos en una sarta, ha venido el gavilan y se los ha llevado todos juntos; mas no te puedo ponderar el trabajo que le ha costado, pero por último se esforzó y se los llevó. Si le hubieras visto te habias de haber tendido de risa.—*Marcolfa.* No sé cómo me detengo, pues me dan impulsos de agarrarte por el pescuezo y ahogarte entre mis uñas; tanto exceso es insufrible, y no hay paciencia para tanto. Mas ¿qué remedio ha de tener, ni cómo ha de dejar de cometer insolencias, si cuando el rey sepa este nuevo desatino que ha hecho, en lugar de reprenderle y hacerle castigar, lo celebrará por una grande gracia y acaso lo regalará?—*Bert.*. ¿Y quién quieres tú que se lo diga al rey?—*Mar.* ¿Te parece á tí que no hay orejas que nos están oyendó?—*Bert.* Pues no veo otras que las del burro del hortelano, y ciertamente me parece que está escuchando lo que hablamos; repárale bien y verás cómo las tiene tiesas; pues yo te aseguro que ahora tomaré la providencia debida.—*Marc.* Espera, ¿qué es lo que vas á hacer?—*Bert.* A cortar las orejas á este pollino que está escuchando, pues ha de pagar la curiosidad, para que aprenta á ser cortés.—*Marc.* ¡Ay



infeliz de mí! ¡Ya cortó las orejas al borrico del hortelano! ¿Qué dirá el rey ahora? Ea, ya viene aquí el hortelano, y pues que su borrico no oye, tú oirás de él lo que no quisieras y le sobrará la razon.—*Hort.* ¿Quién ha cortado las orejas á mi borrico?—*Bert.* Yo he sido, porque estaba escuchando lo que hablábamos.—*Hort.* Aquí no necesitamos de bufones, voy á quejarme al rey para que me haga justicia.—*Marcolfa.* Escucha, aguarda, no vayas, que yo satisfaré el valor del borrico, y se compondrá todo.—*Hort.* No, no; quiero que el rey lo sepa; pues el otro dia sucedió lo que sabes con mi mujer. No quiero dar lugar á que algun dia se le antoje hacer otra locura mayor que me pese mucho más, si tanto se tolera.

El hortelano fué á quejarse al rey contra las demasías de Bertoldino, al cual luego envió á llamar, y se presentó con las orejas del borrico en el pecho, y el rey le dijo: *Rey*. Ven acá, Bertoldino: y tú, hortelano, ¿qué quejas traes?—*Hort*. Señor, que este majadero me ha estropeado el borrico, y vengo á pedir justicia.—*Rey*. ¿Es verdad esto, Bertoldino?—*Bert*. Es verdad, señor, porque el asno estaba con las orejas tiesas escuchando lo que hablaba yo con mi madre, y porque no oyera jamás negocios de otros, le he cortado las orejas, y para que te enteres las he traido conmigo; ahí están, llama á quien se las ponga de nuevo, que mi madre pagará lo que costare el ponerlas.—*Rey*. Hortelano, si Bertoldino te ha estropeado el pollino, no quiero que quede deudor tuyo; toma tu alhaja, que son las orejas, y mando además para castigo de tal delito, que Bertoldino monte en el asno desorejado acompañándole tú hasta casa.—*Hort*. Señor, ese castigo más es en detrimento mio que suyo; lo que te pido es que me satisfagas lo que costó el borrico, que no es razon que lo pierda.—*Rey*. Muy bien está, te se pagará al punto: y tú, Bertoldino, monta en el borrico, marchad juntos á casa y correspondeos como buenos vecinos y amigos.

Conforme lo habia ordenado el rey, se marcharon para su casa de campo; pero por el camino se cayó del borrico Bertoldino, dándose tan grande golpe que se rompió una costilla, llegando á su casa bastante mal parado. Marcolfa se trastornó tanto con esta novedad, que determinó ir á pedir permiso á los reyes para volverse á vivir de asiento en su choza de la montaña.

Luego que llegó Marcolfa á la ciudad, fué á visitar á los reyes, y los halló ambos juntos, que aún estaban riendo de la simplicidad de Bertoldino; el rey, luego que la vió la dijo: *Rey*. Querida Marcolfa, ¿qué buena ventura te trae por aquí?—*Marc*. No tengo ventura buena, pues ninguna es propicia. A Bertoldino le ha dejado caer el borrico, y se ha roto una costilla: vengo á buscar una bizma para curarle; y mientras me despachan, me he llegado á ponerme delante de vuestra real presencia para exponeros que haríais una accion muy loable en darnos licencia para volvernos á nuestra choza; pues estoy persuadida que Bertoldino cada dia se va haciendo más torpe, cometiendo mayores disparates. Por lo tanto, señores serenísimos, os suplico con toda veneracion nos concedais vuestro beneplácito, porque ya no habeis de sacar ningun gusto ni de uno ni otro.—*Rey*. Marcolfa, nosotros deseamos el complacerte, pues es cierto nos dejas muy pagados y satisfechos. Todo el tiempo que has vivido en la corte hemos estado gustosos con tus agudezas; pero pues es preciso darte licencia para condescender á tus ruegos, pues tanto lo has encarecido. Herminio te entregará un cofrecito en donde hay dos mil escudos de oro, luego te enviaré cuatro piezas de paño, doscientas varas de lienzo, dos sacos de harina y doce barriles de vino; y en suma, todo cuanto te haga falta para vivir con descanso en tu albergue. Ea, pues, Marcolfa, ya hemos significado el grande sentimiento que tenemos de tu partida, y te advierto que aunque sea de tarde en tarde si vienes á vernos será para nosotros de gran complacencia y gusto. —*Marc*. Magnánimos señores, me faltan expresiones para daros las debidas gracias por tantos y tan sigulares favores como he recibido de vuestra real presencia; y os suplico encarecidamente me perdoneis en todo cuanto haya faltado. El cielo os conceda gracia para conservar vuestro reino con paz y felicidad, y en suma, pediré continuamente al Señor os galardone con la bienaventuranza. Y ahora aquí me teneis rendida á vuestros reales piés pidiéndoos humildemente perdon de todo; y si por ignorancia hubiese incurrido en alguna culpa ó falta, con poco respeto y reverencia, vuelvo á

suplicaros me perdoneis: y así con vuestra licencia iré á disponer mis trastos, y parto con el consuelo de que siempre me tendré por vuestra mas humilde y apasionada servidora.

Con las expresiones tan humildes de Marcolfa, el rey y la reina se enternecieron y se retiraron á sus gabinetes con mucha tristeza por la ausencia de Marcolfa, la que se partió con su Bertoldino cargada de muchas dádivas.

A la llegada á la infeliz choza de su nacimiento, acudieron todos los vecinos á darles la bienvenida, y se hicieron muchas fiestas en aquellas sierras, segun el estilo del país.

Los dos cortesanos vivieron en la montaña muy gustosos y alegres lo restante de su vida, sin tener nada que desear.

Cuando Bertoldino llegó á la edad de treinta años, la rudeza de su entendimiento se habia disipado de tal modo, que parecia otro hombre dotado de sagacidad, que no daba muestra de haber sido un gran tonto toda su vida.

TRATADO TERCERO.

GRACIOSA VIDA DE CACASENO, HIJO DE BERTOLDINO.

Marcolfa y Bertoldino se hallaban muy bien con la quietud de su montaña. Dispusieron que se les hiciese una habitacion decente, pues tenian bien con qué pasar la vida. Despues de algunos años, Bertoldino se casó con una jóven del país llamada Dominga, de quien tuvo un hijo que pusieron de nombre Arsenio; pero como los montañeses siempre los corrompen y varian, los propios no suelen usarlos, por esta razon, y por ser él de poca estatura y algo simple, le pusieron el sobrenombre de Cacaseno.

Herminio, de quien ya hablamos anteriormente, recorriendo varias provincias del reino por negocios particulares de la córte, pasó accidentalmente por la falda del monte donde habitaba Marcolfa; juzgó conveniente llevar alguna noticia de ellos al rey, y así determinó verlos. Trepó el monte, y antes de llegar á la eminencia observó una casa hecha de fábrica muy decente; llamó á la puerta y asomó Marcolfa, que conociendo á Herminio, le hizo entrar con grande alegría y regocijo. Hízole muchos agasajos, le contó como su hijo Bertoldino se habia casado muy bien, añadiendo que despues de pasados los primeros años de su juventud, habia dado tal vuelta, que no era conocido, segun la discrecion que habia adquirido, y que tenia ya un hijo de siete años cumplidos: de todo lo cual tuvo Herminio grande gozo, y determinó llevar presto noticia al rey de cuanto habia oido; y así le dijo: *Herm.* Dime, Marcolfa, ¿á dónde están Bertoldino y su hijo?—*Marcolfa.* Han ido á la choza de un pastor nuestro, y discurro no tardarán en venir.—*Herm.* Y ese hijo que me dices, ¿cómo se llama?—*Marc.* Su nombre propio es Arsenio; pero como estos montañeses siempre inventan sobrenombres, los verdaderos nombres propios no suelen usarlos, por ejemplo: se llama uno Antonio: y si es de estatura crecida, le llaman Toñon; si es diminutivo, Toñeto; y si es pequeño y gordo, Toñolo, y si es pequeño y flaco, Toñino; de modo que reproducen el nombre de Antonio de tantas maneras, que ya no se conoce el primero que tuvo; como sucede á mi nieto, que llamándose Arsenio, como es pequeño y un poco simple, le han puesto el ridículo nombre de Cacaseno.

Herminio, cuando oyó el nombre tan estravagante de Cacaseno, le dió sumo placer y se le encendió mucho

mas el deseo de mandarle á la córte. Mientras estaban discurriendo el modo que habia de usar para llevárselo, oyó á Dominga, mujer de Bertoldino, que venia cantando esta coplilla:

Dicen soy la pastorcilla
Más cariñosa y más tierna,
De cuantas en nuestro valle
Sus ganados apacientan;
Yo me pongo sonrojada
Sentada en la alfombra amena,
Que de rosas matizada
Abril cede á su belleza...

En este tiempo entró Bertoldino y reconociendo á su nuevo huésped, se saludaron y abrazaron cordialmente. En aquel momento entraron Dominga (mujer de Bertoldino) y Cacaseno con manojos de espárragos y requesones que traian de su cortijo: hiciéronse los saludos unos y otros, y Herminio dijo: *Herm.* ¿Eres tú aquella mocita que cantaba?—*Dom.* No señor, era una pastora nuestra.—*Marc.* ¡Ah mentirosa! Si, señor, era ella, y sabe cantar muchas coplillas graciosas.—*Herm.* Vamos, Dominguita, hazme el favor de volverla á cantar, ú otra cosa que sea de tu agrado.—*Dom.* De veras, no puedo cantar, porque estoy ronca. —*Bert.* No hacen menos los grandes músicos, que se hacen rogar hasta cansar á la gente que desea oirles.—*Dom.* Por lo mismo que tiras á sonrojarme, no quiero cantar.—*Herminio.* No te enfades, Dominguita, que tu marido se chancea; y tú, niño hermoso, ¿qué haces? —*Cacas.* En este instante me voy á almorzar.—*Herminio.* Buen principio, Dime, ¿cómo es tu nombre?—*Cacas.* Yo no soy hombre, que soy muchacho.—*Herminio* No te pregunto si eres hombre, te digo cómo te llamas.—*Cacaseno.* Cuando uno me llama, yo le respondo.—*Herm.* Y si yo hubiese de llamarte, ¿cómo te tengo que decir? —*Cacas.* Dí como quisieres; pero cuidado, ten las manos quietas, que parece me quieres sacar los ojos, y no me enfades de suerte que te sacuda en la cabeza con este garrote, pues no conoces aun quién soy.

Es menester advertir que Herminio mientras hablaba con él hacia varios movimientos y ademanes con las manos. Cacaseno creyó que le queria sacar los ojos, se enfadó, alzó el palo, y le quiso dar en la cabeza; pero Marcolfa llegó al punto, y le sacudió un buen bofeton, con lo que le hizo muy presto bajar el palo; empezó á gritar Cacaseno, de suerte que parecia un becerro, ó por mejor decir, un lechon cuando le degüellan; corrió entonces Dominga, le llevó un gazpacho para aquietarle, y le dice: *Dom.* ¿Qué tienes tú, Cacaseno mio, que tanto chillas?—*Cacas.* U, ú, ú; que la abuela me ha pegado porque me he defendido: ú, ú, ú; de ese hombre que me queria sacar los ojos con los dedos; á, á, á. —*Dom.* Calla, Cacasenito mio, que hemos de hacer que la abuela vaya descalza á la cama, ¿sí, sí, hijo mio? Ea, escupe y verás como la casco.—*Herm.* No es cierto lo que dice de que le queria sacar los ojos; vamos, hijo mio, toma un tres, y hagamos las amistades.

Viendo Cacaseno el tres, ó por mejor decir, el cuarto, se sosegó, y al mismo tiempo Dominga le dice: haz un besamanos á este señor y besa la mano á la abuela.

Herminio estuvo observando los movimientos que hacia, no pudiendo contener la risa, considerando el gusto que tendrian los reyes al ver su extravagante figura, pues era sumamente gordo de cintura; tenia la frente muy baja; los ojos muy saltados; las cejas largas y cerdudas; las narices chatas, y la boca tan aguzada, que parecia un gato montés. Así que llegó la hora de comer, todos se lavaron las manos y se sentaron á la mesa. Y aquí dejo á la consideracion del curioso lector el sufrimiento de la risa que padeceria el pobre Herminio durante la comida, y despúes de concluida, dijo: *Herm.* Ea, pues, ahora, amigos mios, habeis de saber que habien-

do llegado á oidos del rey noticias de vuestro Cacaseno, me ha mandado venir en persona para que se le lleve á su presencia, pues está muy ansioso de verle, por lo cual, estais obligados por cortesía y agradecimiento á darle gusto.—*Dom.* No, señor, eso no puede ser, porque mi hijo es muy bruto para ir á la córte.—*Marc.* Nuera querida, no tengas miedo por eso, que yo iré en su compañía, y por fin, tenemos que obedecer con el precepto de Su Majestad.—*Bert.* Y con especialidad al rey Albuino, á quien debemos todo lo que tenemos.

Con las razones de Marcolfa y Bertoldino no replicó palabra Dominga; vistió á su hijo con el vestido de los dias de fiesta, se lo entregó á su abuela y se despidieron, quedándose Bertoldino y Dominga para cuidar de la casa. Herminio y su criado, Marcolfa y Cacaseno, bajaron la montaña y tomaron el camino de la córte. Así que llegaron á la primera posada, mandó Herminio á su criado que tomase una posta para que diese noticia á sus soberanos de lo ocurrido. Quedó así el caballo del criado sin ginete, y Herminio se volvió á Marcolfa diciéndola que ya que estaban en la llanura le parecia conveniente que Cacaseno montase á caballo, lo cual le pareció muy bien á Marcolfa y así lo ejecutaron, aunque no sin cuidado.

Herminio advirtió á Cacaseno que tuviese las riendas del caballo bien sujetas en la mano, y él comprendió que habia de tirarlas mucho. Así lo ejecutó, hasta que el caballo se enarboló y se puso en dos piés, con lo que tomó tanto miedo que gritaba: ¡ay que me mata!

A los gritos que daba se volvió Herminio, y empezó á decir á voces: afloja, afloja las riendas. El pobre Cacaseno que no lo entendió bien, soltó del todo, por lo que el caballo se desbocó y le dejó caer en el suelo: pero tuvo la fortuna de que cayó en un arenal, motivo por el cual no se hizo daño particular. Malcolfa se sorprendió, creyendo que le hubiese acontecido alguna desgracia, y empezó á decir:



Marc. ¿Qué esto, Cacaseno, te has hecho mal?—*Cacas.* O bien ó mal, yo quiero volverme á mi casa.—*Herminio.* Vamos, hijo, vuelve á montar á caballo, que yo le tendré, y para que llegues mejor á los estrivos, súbete encima de esta piedra, y montarás con más conveniencia.

Cacaseno se adelantó, y puso el pié izquierdo en el estrivo derecho, quedándose así montado con la cara á las ancas del caballo. Cuando Herminio reparó en tal disparate, no se podia aquietar con la pasion de la risa. Haciale varias instancias para que se apease; pero no fué posible de ningun modo, respondió que aquella era la forma de cabalgar: y Herminio, insistiendo en hacerle montar conforme, le dijo: *Herm.* Bájate, que has montado al revés.—*Cacas.* Nunca podré estar mejor. ¿Pero no me has dicho que el rey te ha enviado para conducirme?—*Herm.* Es verdad que lo he dicho, ¿pero qué es lo que infieres de eso?—*Cacas.* Pues mira, toma tú la brida del caballo, y condúceme; que así obedecerás á tu amo, y de este modo no veré yo los peligros que tengo que pasar.—*Herm.* Buena compra hemos hecho, ya he llegado á ser lazarillo de caballo en lugar de ciego, con buena fresca me sale este camueso.

Pasó accidentalmente un paisano que iba á la córte; llamóle Herminio, y le hizo llevar de las riendas el caballo de Cacaseno hasta palacio, man-

dándole asimismo que al entrar en la ciudad pidiese auxilio á la tropa, temiendo que los muchachos apedreasen á Cacaseno. Dió de espuelas Herminio á su caballo, llegó á palacio, y halló á los reyes esperando la llegada del personaje, cuya noticia habian recibido por su criado. Mientras Herminio les hacía relacion de las aventuras que le habian sucedido por el camino con Cacaseno, llegaron á este tiempo Marcolfa, el paisano que conducía el caballo de Cacaseno, y este montado al revés, seguidos de una



turba de populacho, con tales silbidos y gritería, que parecía dia de carnestolendas: Marcolfa entró primero, y despues de hacer una grande reverencia á SS. MM., el rey la dijo:—*Rey*. Seas bien venida, Marcolfa; pues creiamos que no vinieses despues de tanto tiempo.—*Reina*. Marcolfa, ¿no me conoces ya?—*Marc*. Señores, son tantas las obligaciones que tengo contraidas por los favores y dádivas recibidas de vuestra generosidad, que tengo siempre delante de mis ojos la imágen de los dos; y no lo digo por adulacion, pues aunque pobre montañesa nunca la gasté.—*Reina*. Pero dime, ¿dónde está Cacaseno?—*Marc*. Señora, conmigo venía, pero no le veo; ¡dónde se habrá quedado!

Oyendo esto un criado, alzó una cortina, é hizo entrar á Cacaseno, que traía una mampara arrastrando, y el rey y la reina comenzaron á reir al ver tan buena entrada, ignorando el motivo de tal estravagancia, pero el criado la descifró diciendo: sepan vuestras majestades que al tiempo de subir la escalera de palacio este salvaje le dijo á un criado que tenía ganas de hacer aguas, lo llevó á un lugar destinado á este fin, y así que entró le dijo: cuando vuelvas á salir tráete la puerta hácia tí, y el gran bruto así lo ha hecho, pues la ha desgoznado, y la trae arrastrando tras sí.—*Rey*. Dime, Cacaseno, ¿para qué traes arrastrando eso?—*Cacas*. ¿Y qué te se dá á tí? —*Marc*. Serenísimos señores, habeis de contemplar que Cacaseno no es menos ignorante que su padre; en fin, cual fué el árbol así ha salido el fruto; por lo que os ruego no estrañeis sus simplezas. Vamos, Cacasenito mio, has una cortesía al rey y á la reina, y bésales las manos á entrambos.

Obedeció Cacaseno, pero fué poniéndose en cuatro piés boca abajo esperando le alargasen las manos para besárselas. Los reyes celebraron mucho esta grande sencillez, le mandaron levantar, y llamaron á un criado que le llevase á merendar; y volviendose el rey á Marcolfa, la dijo:—*Rey*. Dime, Marcolfa, ¿y Bertoldino vive todavía? —*Marc*. Está vivo y sano; y despues que llegó á crecida edad, empezó á tener razon y juicio: luego se casó y de este matrimonio ha nacido Cacaseno; y te aseguro que con las dádivas con que vuestra liberalidad nos ha favorecido, nos queda aún lo muy bastante para vivir medianamente segun nuestro estado, toda nuestra vida.—*Reina*. ¿Por qué no te has vestido de aquel paño fino y lienzo delgado que te llevaste? *Marc*. Porque nuestra infeliz montaña requiere vestidos toscos, pan mezclado con centeno y beber continuamente agua, y de este modo se mantienen los cuerpos con mayor robustez y sanidad.—*Rey*. El que se contenta con su estado es feliz; pero me parece una gran simplicidad mantenerse de misturas y beber agua pudiendo comer bien y beber mejor.—*Marc*. No señor, que es muy malo beber vino quien no está acostumbrado, y es la peor cosa para

la salud; así es que de nosotros en la montaña nadie lo prueba: pues apetecemos más nuestras cristalinas aguas que con tranquilo ruido se despeñan de los cóncavos dé las fuentes, las cuales son tan gustosas, y delgadas, que nos libran de todo género de indigestiones.

Conociendo el rey que Marcolfa estaría fatigada del viaje, la mandó que se retirase á descansar, y que despues volviese con Cacaseno. Llamó el rey al mayordomo, y este la condujo al cuarto que se le había destinado, en donde entró, y vió á Cacaseno tendido en el suelo gritando:—*Cacas*. Ah! ay! ay!—*Criado*. No le puedo hacer callar.—*Marc*. ¿Qué es lo que ha sucedido?—*Criado*. Has de saber que despues que merendó me dijo que queria dormir: yo juzgando que no fuese tan simple, le dije que se subiese sobre esa cama; y él se agarró con manos y piés de una de las columnas de ella de tal modo, que cuando llegó al remate no se pudo contener la columna, con lo que se rompió y él dió en tierra con su cuerpo como lo ves.—*Marc*. No te maravilles de esto, porque en nuestra montaña como no se usan camas de esta moda, se ha imaginado que al extremo de ella era donde él había de acostarse; pero ¡hay desdichada de mí! él no habla. ¡Cacaseno! ¡Cacaseno!—*Cacas*. Déjame, no me dispiertes que estoy durmiendo.

Marcolfa le levantó del suelo y le tendió sobre la cama; cerró las ventanas, y le dejó durmiendo. El criado fué á dar cuenta á los reyes del suceso, los que se admiraron de semejante ignorancia. Al mismo tiempo volvieron á hacer conmemoracion de la inocencia de Cacaseno cuando se puso boca abajo esperando le diesen la mano para besarla. El rey mandó al criado que volviese á ver lo que pasaba, y les diese noticia de las novedades que sobreviniesen con el inocente Cacaseno. Marcolfa que cansada del viaje y despues de haber comido bien se había echado á dormir, cuando estaba en lo mejor del sueño, la despertó un gran porrazo que dió Cacaseno de la cama abajo.—*Cacas*. ¡Ay de mí! ¿Dónde estoy?—*Marc*. ¿Qué ruido es este? ¿Qué te ha sucedido?—*Cacaseno*. Que me he caido de la cama, y se me han saltado los ojos del casco.—*Marcolfa*. ¡Habrá mujer mas desventurada que yo! ¿Qué dirán Bertoldino y Dominga, cuando sepan que te has quedado ciego? ¿A dónde estás? Espera, abriré las ventanas.—*Cacas*. Alegría, alegría, abuelita, que ya me han vuelto los ojos.—*Marc*. Salvaje, ¿cómo puede ser que estuvieses ciego? sería el motivo que las ventanas estaban cerradas.

Estando Marcolfa y Cacaseno en estas razones, el criado que había estado escondido escuchando, marchó en seguida á dar noticia al rey de todo lo que había oido, refiriéndole con suma individualidad y bufonada, que excitó una estremada risa. Mandó despues la reina al criado que llevase un recado á Marcolfa, diciéndola que tenía precision de hablarla, por cosas peculiares suyas, previniéndola que viniese ella sola. Marcolfa obedeció, y diciendo á Cacaseno que se quedara allí, que ella volvería pronto, cerró la puerta para que no se escapase detrás de ella; empezó á gritar de tal modo que parecía un becerro, y hasta que encontró con qué entretenerse no hubo forma de callar. Un criado viendo que quedaba solo se escondió en un lugar oculto para observarle, y luego que vió hacer una de las suyas, se fué corriendo á decírselo al rey, el cual mandó al criado que se lo trajese Volvió el criado y lo sacó del cuarto, y cuando estuvo á la presencia del rey este le dijo:—*Rey*. ¿Qué le ha sucedido al pobre Cacaseno que trae la cara tan engrudada y puerca?—*Criado*. Señor, habeis de saber, que un mozo de la repostería había dejado en un armario un perol de cola para pegar cristales de los ramilletes, y pareciéndole á este necio cosa propia para comer, se puso el perol entre les piernas, y ca-

mió una porcion de cola, habiéndose empringado toda la cara conforme lo veis. Llegó Marcolfa á su cuarto, y no hallando á Cacaseno, iba á salir en su busca sumamente inquieta, pero al mismo tiempo le vió venir acompañado del criado, y despues que supo el suceso, exclamó diciendo: ¡pobre de mí! Este bruto tiene la culpa de verme yo avergonzada en la córte. Procuró lavarlo, y determinó ir á pedir licencia á los reyes para retirarse á su montaña; los halló juntos, y con reverencia y humildad, así les dijo:—*Marc*. Serenísimos señores: ya que tengo la fortuna de hallaros aquí juntos, con el mayor rendimiento vengo á suplicaros me concedais licencia para volverme á mi casa; y así espero esta gracia de vuestra real clemencia. —*Rey*. Conozco que es perjudicial á los intereses de tu casa la ausencia de tu persona; y así te concedo el permiso que solicitas; pero te aseguro que nuestro mayor gusto fuera que te quedases á nuestra vista.—*Reina*. Yo te concedo licencia, pero con obligacion que has de venir con Cacasenito todos los años á verme, y si no me hiciere el cargo del perjuicio que se puede seguir á tu casa estando ausente sería mi mayor gusto el que te quedaras á vivir en la córte; pues tendría contigo una vida contenta y muy gustosa.

Mandó el rey á su mayordomo que entregase doscientos escudos á Marcolfa, y la reina se quitó del dedo una sortija de esmeraldas y se la dió para que en su nombre la regalase á Dominga.

El mayordomo se partió para obedecer la órden que se le habia dado; pero de muy mala gana, dándose palmadas y encogiéndose de hombros, iba diciendo: ¡oh, qué desatinos cometen algunos señores, en apoyar y proteger tontos como al presente se vé con este señor, que manda dar doscientos escudos á estos monos, que son la irrision de la córte! Mejor premiarán á semejantes gentes que á un hombre erudito y aplicable, que se mata y se descalabra el entendimiento para dedicarse y perfeccionar con inmenso trabajo una obra; y despues de tanto desvelo, en lugar de conseguir algun premio ó ascenso, lo que saca de su afan es que ni aun le dan las gracias.

Por la mañana temprano marcharon en su litera los dos personajes, siguieron el viaje hasta su casa, y á la vuelta el literero que los acompañó dió noticias á los reyes de la grande alegria que mostraron Bertoldino y Dominga de verse otra vez reunida toda la familia, celebrando su regreso todos los habitantes inmediatos á su cortijo.

Como Marcolfa sabia leer y escribir, al tiempo que el literero se iba á marchar, le entregó una carta para que se la diese al rey. Llegó á palacio, presentó el pliego á S. M., quien pasó inmediatamente al cuarto de la reina participándola como habia recibido carta de Marcolfa; la abrieron con grande ánsia y mayor gusto, y su contenido decia así:

CARTA QUE ESCRIBIÓ MARCOLFA Á LOS REYES DESDE SU MONTAÑA.

Mis señores: Siendo tan debido el obedecer los preceptos de vuestras majestades, me obliga á participar mi arribo á esta humilde choza; por no omitirlo, mi obligacion se vale de la ocasion del retorno del literéro á esa córte, añadiendo á vuestras majestades, hemos sido recibidos con grandisimo aplauso de Bertoldino y Dominga, habiéndoseles aumentado mucho el alborozo con los regalos con que nos habeis honrado, de lo que os damos todos juntos muy rendidas gracias. No escribo cosa particular de Cacaseno, porque el literero sale hoy por la mañana muy temprano, y él todavía está en la cama, y así esta mia servirá de un pequeño reconocimiento, mientras yo y toda mi familia deseamos á vuestras majestades todas las mayores felicidades.

FIN.